

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

UN DIABLO EN APUROS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

342 – La estera de vidrio, *Ralph Barby*.
343 – La marca maldita, *Clark Carrados*.
344 – La carroña está servida, *Lou Carrigan*.
345 – Nana por una difunta, *Curtis Garland*.
346 – En las garras del terror, *Ada Coretti*.

CLARK CARRADOS

UN DIABLO EN APUROS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 347
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 28.421 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

—Estoy de mala suerte, caballero.

Eustace Miller ni le hizo caso. Pensó que sería un pedigüeño, que se dedicaba al poco noble deporte de tender la mano, por no empuñar un pico o una pala, y decidió no colaborar con su óbolo en la vagancia del individuo.

Levantó la mano izquierda. Maldita Lily. Ya llevaba diez minutos de retraso. Y eso que hoy le había jurado por su santa madre y sus gloriosos antepasados que sería puntual como nunca. Al observar el retraso, Miller se dijo que si la madre de Lily había sido tan santa como puntual su hija, seguramente figuraría en un catálogo de mujeres casquivanas, y que entre sus antepasados habría posiblemente un par de tipos ahorcados en el patíbulo de Tyburn.

—¿Me vende usted su alma, caballero? —insistió el supuesto pedigüeño.

—Por favor —dijo Eustace en tono bajo, pero firme y cortés—, déjeme en paz.

Empezaba a ponerse nervioso. Casi le daban ganas de atacar a bocados el ramo de flores que sostenía con la mano izquierda. Y si no lo hizo, fue debido al flemático policeman que se paseaba a pocos pasos. El buen hombre debía estar acostumbrado a ver jóvenes que esperaban a sus damiselas, armados con ramos de flores, pero no habría visto a ninguno comerse las rosas o las flores de que se tratase. Por eso era mejor seguir manteniendo la compostura.

—Bueno, si no quiere venderme el alma, ¿por qué no la alquila?

Miller alargó el pescuezo repentinamente. Aquella cabellera rubia que destacaba entre la multitud. No, diablos, no era Lily. La hora de la cita había sido rebasada ya en veinte minutos. ¿Y a eso le llamaba aquella prójima puntualidad?

—¿Qué, no me contesta? —insistió el pedigüeño.

Miller volvió la cabeza un instante. El hombre era de mediana estatura, más bien bajo, unos cincuenta años, casi calvo, nariz aguileña y ojos bondadosos. Vestía con modestia y su sonrisa, tenue por otra parte, inspiraba cierta confianza, que borraba en el acto cualquier sentimiento de burla por su aspecto o su figura.

—Tome, buen hombre —dijo Miller, después de meter la mano en el bolsillo. Entregó media corona al sujeto y volvió a mirar, incluso empinándose de puntillas, hacia la calle del Regente, volviendo a maldecir a Lily por citarle allí, justo en la esquina de Piccadilly Circus, un lugar tan lleno de gente como el desierto de arena.

—No quiero su dinero, caballero —manifestó el pedigüeño. Y puso algo en la mano del joven que éste, distraídamente, apretó, cerrando los dedos de rabia—. Por cierto, me he olvidado de darle mi nombre. Me llamo Apolodoro, pero si le parece largo, puede llamarme Polo.

Miller decidió esperar un poco. Cinco minutos sólo. Si en ese plazo no

aparecía Lily, al diablo con ella... y las flores a la papelera más próxima.

—Está bien, Polo —dijo, bonachón—. Yo me llamo...

—Ya sé, no siga. Usted se llama Eustace Miller.

—¿Cómo lo sabe? —Se asombró el joven—. Nunca nos habíamos visto antes...

Polo le guiñó un ojo.

—Es que soy un diablo y, como tal, tengo ciertos poderes. Pero me encuentro muy apurado, porque tengo que llevarle un alma a mi jefe y en un billón de billón de años, que es el tiempo que hace que fuimos arrojados del paraíso, nunca he podido conseguir lo que para un demonio es tan fácil como para un humano sonarse las narices. Con perdón —añadió cortésmente.

Miller decidió seguir la broma al individuo.

—De modo que es un diablo en apuros —dijo.

—Sí —contestó Polo tristemente—. Imagínate... Me permites que te tutee, ¿verdad? Tú puedes hacerlo también... Bueno, como iba diciéndote, mi gran jefe se ha cansado ya de mí y me ha ordenado que le lleve un alma o, de lo contrario, me expulsará del infierno.

—Pero, hombre, si te expulsan del infierno, irás al cielo. ¿No te sientes contento?

—En un billón de billones de años, uno se acostumbra a todo, hasta el calor de las llamas y el olor a azufre y a pez quemada. Además, ¿qué sería de mi prestigio como demonio? ¿No lo comprendes, Tace?

Tace llamaban al joven sus amigos, suprimiendo, agradecidamente por parte suya, las tres primeras letras de un nombre que le había sido impuesto arbitrariamente por un padrino harto autoritario, dada su condición de abuelo, y que detestaba sinceramente. El asombro de Miller subió de punto.

—Y si no quieres venderme el alma, por lo menos, me la podrías alquilar, por un período de... digamos un año —agregó Polo.

—Y claro, en ese espacio de tiempo, tú confías en que yo haga algo que te permita llevarme al infierno —dijo Miller bienhumoradamente.

—Al menos, alargaría el plazo que me ha concedido mi gran jefe. Otro peor que tú podría caer...

—Pero si te alquilo mi alma, me darás algo a cambio, ¿no? Es lo lógico, cuando se pacta con el diablo.

—Te daré una sola cosa: ayuda en tus negocios.

—¿Y salud, no?

—Eres un roble joven, muchacho. Vivirás cien años o más —dijo Polo muy serio.

—Y luego vendrás a buscar mi alma...

—Eso depende de ti, claro. Pero, por el momento, me conformo con tenerla alquilada durante un año. ¿Hace?

—Trato hecho, Polo.

—Entonces, no quiero molestarte más. Mira, ahí viene Lily.

Miller volvió ávidamente la cabeza. Sí, ahí llegaba Lily, radiante de

belleza, esplendorosamente hermosa, haciendo volver la cabeza a todos, hombres y mujeres, los unos para admirarla, las otras para envidiarla.

El joven salió a su encuentro, henchido el corazón de gozo, porque iba a compartir la velada aquel día con aquella mujer tan maravillosa. Pero, sorprendentemente, Lily pasó por su lado, sin mirarle siquiera.

—¡Lily! —gritó él. .

La joven no le hizo el menor caso. Miller se volvió y vio que un lujosísimo automóvil se detenía en aquel momento junto al bordillo de la acera. La portezuela trasera se abrió y Lily desapareció en el interior del «Rolls», sentándose junto a un hombre gordo, calvo y con numerosos anillos en los dedos de sus manos. El chófer uniformado, tan impasible como un poste de telégrafos, arrancó de inmediato, y Lily desapareció de la vista de Miller. «Para siempre», adivinó el joven con amargura, derrotado no en competencia, sino por el dinero y los lujos que éste podía proporcionar y que él no podría dar nunca a la bella casquivana.

—No lo lamentes —sonó afectuosa la voz de Polo—. No hubieras sido feliz con ella.

Miller apretó los labios. Sí, Polo tenía razón. Lo mejor era olvidar a quien no merecía su aprecio. El ramo de flores era un gasto inútil y lo arrojó sin lamentarlo demasiado a una papelera cercana.

Decidió regresar a su casa. De pronto, vio venir hacia él una cara conocida. Su primera intención fue escabullirse y eludir el encuentro, pero ya era demasiado tarde.

—Tace, querido, cariñito mío —exclamó la mujer—. ¡Cuánto me alegro de verte! Este feliz encuentro me evita una llamada, ¿sabes?

—Ah, ibas a llamarme, Edna —dijo él.

—Sí, encanto. Quiero que vengas a pasar el fin de semana a mi posesión de Skanner Hall, en Kerrin. La he comprobado recientemente y pienso dar una gran fiesta para celebrarlo. ¿Vendrás, Tace?

—Bueno, si puedo...

Edna McDarney puso una enguantada mano sobre su brazo, a la vez que le dirigía una ardiente mirada. Era una mujer todavía con muchos atractivos, con la que Miller había sostenido un tórrido romance hacía un par de años. Pero en aquel tiempo, apreció el joven, se habían añadido unos cuantos kilos a la ya de por sí exuberante silueta de Edna y el aspecto físico, al menos para su gusto, había perdido buena parte de sus encantos primitivos.

De todos modos, en aquellos momentos, no tenía nada que hacer.

A la fuerza, porque le habían despedido de su trabajo una semana antes, aunque no lo lamentaba en absoluto. Perder de vista a un jefe tiránico y mal educado, siempre resultaba agradable, y Miller sabía que podía encontrar trabajo siempre que se lo propusiera. Pero, por el momento, había aprovechado la ocasión para tomarse unas vacaciones inesperadas que, mediante sus ahorros, podía alargar un año si era preciso. «Justo el plazo de alquiler de mi alma», pensó, recordando inesperadamente la conversación con

el diablo en apuros.

—Muy bien, Edna —decidió al fin. Habría otras mujeres, seguramente más jóvenes, en la fiesta, —se dijo—. ¿Cuándo?

—El viernes próximo. Por carta, te enviaré el itinerario, como a todos mis invitados. Y ahora, perdóname, pero tengo mucha prisa... Adiós, queridito.

Edna se marchó, convertida en un torbellino, a pesar de su volumen físico. Y Miller resolvió emprender la vuelta de nuevo a su casa y ahogar la decepción causada por Lily con un par de buenos tragos de un excelente whisky escocés, que elaboraba en casa un antiguo amigo y del que todos los años le enviaba un barrilito con una docena de litros.

Silbando tenuemente, emprendió la marcha y metió las manos en los bolsillos. Entonces, los dedos de su mano derecha tocaron algo.

De pronto, recordó la moneda que había entregado a Polo, el supuesto pedigüeño. Pero aquello que tocaba no era precisamente una moneda de media corona.

Parecía algo de papel, fuerte, doblado en varios pliegues.

Sacó el papel y lo desplegó. Sus ojos se dilataron enormemente por el asombro que le causaba la visión.

¡Era un billete de mil libras esterlinas!

En este mundo, pensó Miller media hora más tarde, instalado confortablemente en un butacón, en su casa, podían ocurrir cosas muy raras, como, por ejemplo, encontrarse con un desconocido que, en agradecimiento, le obsequiase con mil libras. Nunca faltaban chiflados filantrópicos, que disfrutaban haciendo el bien a sus semejantes, en secreto, por supuesto.

Y a él le había tocado en suerte uno de aquellos filántropos que querían conservar el anonimato.

A menos, claro, que se tratase de una falsificación. Pero el billete parecía legítimo. Claro que al día siguiente podrías comprobarlo en el Banco. Y lo haría, qué diablos.

Una cosa le disgustaba, en cierto modo: desconocer la residencia de Polo.

—Claro que si es un demonio —se dijo—, vivirá en el infierno. Pero no puedo buscarle allí, a menos que le venda mi alma... y sólo se la he alquilado. Tiene gracia, alquilar el alma...

De repente, sonó el teléfono, arrancándole de sus pensamientos. Alargó la mano, descolgó el aparato y pronunció su nombre.

—¡Tace! Menos mal que te encuentro en casa —exclamó el hombre que le hablaba a través del hilo—. He estado llamándote todo el rato... Pero, bueno, aún no te he dicho que soy Jed Light...

—Hombre, Jed, ¿qué es de tu vida? ¿Cómo marchan tus negocios?

—Bien, no puedo quejarme, aunque en esta ocasión, me encuentro atascadísimo con un caso harto complicado. ¿Recuerdas la estafa Wallerhampton?

—Pues... sí, pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo, Jed?

—Escúchame, Tace. Me he enterado de que el viejo Rawson te ha

despedido.

—Sí. Discutimos un poco, él insultó a mi madre y yo le volqué un tintero encima de la cabeza. Quedó precioso, Jed.

Light se echó a reír.

—Me habría gustado presenciar la escena —dijo—. Bueno, siendo así, y puesto que estás sin trabajo, yo te ofrezco un empleo en mi agencia. No me digas que no; no toleraría una negativa por tu parte, Tace. Además, tu sueldo será aumentado en un veinte por ciento...

—Gracias, Jed, pero, por el momento, no siento el menor deseo de volver al trabajo —contestó el joven, amable pero firme.

—Hombre, por todos los diablos... Si resuelvo el caso Wallerhampton, puedo ganarme una recompensa de diez mil libras...

—Jed, el autor de la estafa es Roger Lane y vive en la calle Chiswell. En su casa encontrarás todas las pruebas necesarias para conseguir que lo procesen. Adiós.

Miller colgó el teléfono antes que su amigo, y hasta pocos días antes, competidor, pudiera objetar algo a su respuesta. Luego, con el vaso de whisky en la mano, se preguntó cómo había podido decir algo que ignoraba hasta unos minutos antes.

¿Quién le había indicado el nombre y la dirección del culpable?

Sentíase terriblemente perplejo. Una vez más, miró el billete de mil libras, extendido ante sus ojos, sobre la mesita baja que tenía frente a sí.

«Te daré ayuda en tus negocios», había dicho Polo, más o menos.

¿No había soñado la conversación con el pedigüeño?

Al día siguiente, ocurrieron dos cosas asombrosas.

En el Banco le confirmaron la autenticidad del billete.

La Prensa dio una noticia con grandes titulares. Roger Lane, autor de la famosa estafa Wallerhampton, en la que infinidad de personas habían perdido sus ahorros, hasta alcanzar un total de dos millones de libras, había sido detenido y sus pruebas encontradas por el director de una agencia de investigaciones, llamado Jed Light.

La sociedad de acreedores había proclamado una recompensa de diez mil libras al que consiguiera encontrar al estafador y las pruebas suficientes para procesarlo. Por tanto, Light había conseguido la recompensa.

Perplejo, Miller empezó a pensar que, ciertamente, Polo era un demonio.

Un diablo en apuros, todo lo que se quisiera, pero un diablo, al fin y al cabo.

Porque de otro modo no se comprendían ciertos hechos inexplicables.

El nunca había oído hablar de Roger Lane ni, naturalmente, conocía su domicilio. Pero se lo había indicado a Light y sus informes habían resultado decisivos para la captura del estafador.

A menos que Polo hubiese decidido tomarle a él como objeto de una supuesta venganza hacia Lane, quizá por no haberle permitido participar en el negocio de la estafa. Pero Polo no había mencionado a Lane en absoluto.

Sólo le había dado un billete de mil libras esterlinas.

CAPITULO II

La mansión era extraordinariamente lujosa y estaba situada en un paraje agreste y de encantadora belleza. Saltaba a la vista que Edna McDarney había sabido gastarse una buena parte de su incalculable fortuna.

Los invitados pululaban por el gran salón y la espaciosa terraza posterior. Los camareros se movían constantemente, con bandejas en las manos. Muchos de los invitados se marcharían al terminar la fiesta. Unos cuantos elegidos, entre los que figuraba Miller, se quedarían los dos días siguientes, a disfrutar de la hospitalidad de su anfitriona.

Miller llegó a temer que Edna iniciase un nuevo acoso, pero se tranquilizó cuando la vio en compañía de un jovencito, que todavía tenía la cara llena de granos, comiéndoselo con los ojos y metiéndole los pechos en la cara. El muchacho estaba congestionado al ver aquellos enormes senos a tan pocos centímetros de su nariz. Aquella noche, pensó Miller, Edna sería una especie de vampiro con él chico de la cara granujienta.

Edna se había olvidado de él. Afortunadamente, pensó, mientras aceptaba una copa de la bandeja de un camarero que se la ofrecía cortésmente.

Un poco más allá, vio un hombre alto, fornido, de unos cuarenta años, con las sienes plateadas. Lo había visto a la llegada, saludando a la dueña de la casa muy afectuosamente. Edna se lo había presentado poco después. El sujeto atendía por el nombre de Laird Carslake y, según los términos de la presentación, era un importante hombre de negocios. Cuáles fueran éstos, no le importaba poco ni mucho al joven.

De pronto, vio a una encantadora joven que empujaba una silla de ruedas, en la que estaba sentada una mujer de gesto avinagrado. Era una muchacha muy atractiva, de pelo castaño y ojos claros, vestida con relativa modestia, en comparación con los lujosos atuendos que lucían las damas invitadas.

La muchacha empujó la silla hasta situarla cerca de la dueña de la casa quien, por unos momentos, olvidó al chico de la cara con granos, para atender a la inválida. Miller pudo oír la voz de Edna:

—Déjela, señorita Lawton; yo cuidaré a Claire.

—Bien, señora McDarney.

La muchacha se separó y quedó relativamente aislada, irresoluta, como si no supiera qué hacer en aquella fiesta tan animada. Miller decidió entablar conversación con ella, a fin de que no se sintiera tan sola.

—Hola —sonrió amablemente—. Me llamo Eustace Miller, pero todos me dicen Tace.

Ella sonrió también.

—Soy Bonnie Lawton —se presentó.

—Enfermera de esa pobre inválida —supuso el joven.

—Algo por el estilo.

Un camarero pasó en aquel momento y Miller agarró dos copas.

—Bebe un trago, Bonnie.

—Gracias, Tace.

—¿Te quedas aquí el fin de semana? —preguntó Miller.

—Sí. La señora Raidler es muy amiga de la anfitriona.

—Entonces tendremos ocasión de hablar más veces.

—Si puedo, seguro, Tace.

—Si puedes... ¿Es que tienes que estar constantemente con la señora Raidler?

Bonnie dudó.

—Perdona, no he dicho nada —exclamó el joven apresuradamente.

—No tiene importancia, Tace.

Edna se les acercó inopinadamente.

—Vaya, veo que has trabado amistad con Bonnie —dijo, jovial.

—Acabamos de conocernos, Edna —sonrió Miller.

Edna les miró sucesivamente a los dos.

—Los alrededores de Skanner son muy pintorescos —dijo—. Os sugiero mañana un paseíto a caballo. Sobre todo, hacía Devil's Stone. Tiene una leyenda muy interesante. ¿Lo sabías, Tace?

—No —contestó Miller—. ¿Cuál es la leyenda?

—Alguien venderá su alma al diablo y éste la recobrará, lanzando la roca sobre el condenado. Está a tres millas, hacia el Noroeste. ¿Has traído una cámara fotográfica, Tace?

—Pues... no se me ocurrió...

—Pídele una a mi mayordomo; él te la proporcionará. Merece la pena tomar unas cuantas fotografías en Devil's Stone. James se encargará también de que os ensillen los caballos.

—Eres muy amable, Edna. Bonnie, ¿sabes montar?

—Un poco —respondió la muchacha—, pero no tengo ropa adecuada...

—¿No has traído un par de pantalones en tu equipaje? —Se sorprendió Edna—. Eso bastaría.

—Sí, claro, señora McDarney.

Edna sonrió.

—Aprovéchate, Tace —le guiñó un ojo y se alejó, contoneando sus poderosas caderas, hacía el lugar donde sonaba, estridente y agresiva, la voz de Claire Raidler.

—Parece que no tiene demasiado genio —comentó Miller en tono bajo.

—Es un poco... quisquillosa —respondió Bonnie.

Miller la miró críticamente.

—¿Qué te parece la idea del paseo a caballo? —preguntó.

—Excelente..., si la señora Raidler me lo permite.

—Hablaré con Edna, para que te conceda el permiso.

—¿Hace mucho que la conoces?

—Psé, algunos años... Somos buenos amigos, Bonnie.

—Ya.

—Dos hombres pasaron en aquel momento por delante de ellos. Uno era Carslake. El otro decía:

—¿Y no ha vuelto a saberse nada del anterior propietario de Skanner Hall?

—No. Desapareció hace unos diez años, sin dejar rastro... Carslake y su interlocutor se alejaron. Miller volvió a sonreír.

—¿Qué hora te parece mejor para el paseo, Bonnie?

—Las diez, si consigo el permiso, Tace.

—Lo conseguirás —afirmó el joven, con la rotundidad del que se sabe cercano al que todo lo puede.

* * *

James, el impagable mayordomo, se ocupó de la cámara fotográfica y de que los caballos estuvieran ensillados a la hora acordada. Miller, por su parte, supo ser persuasivo y consiguió que Edna hablase con la inválida, la cual, finalmente, accedió a dar permiso a Bonnie durante toda la mañana.

A las diez en punto, Miller y Bonnie se reunieron en las caballerizas. Miller vio a la muchacha terriblemente atractiva, vestida con una simple camisa a cuadros y unos vaqueros azules. Bonnie se había sujetado el pelo con una cinta amarilla y ello aumentaba más todavía su encanto.

Miller se sintió irresistiblemente atraído hacia la muchacha. En sus veintinueve años de vida, no había encontrado nunca una mujer tan hermosa, pese a que, bien mirado, Bonnie no era una belleza en el estricto sentido de la palabra. Pero había en ella algo interior, que trascendía exteriormente, y le daba un encanto muy superior al que le habría proporcionado una mayor hermosura física.

—¿Lista? —dijo, después de un par de segundos de contemplación de lo que le parecía el cuadro más bello del mundo.

—Sí, Tace, cuando quieras. Pero no corras mucho; mis habilidades ecuestres son más bien limitadas.

—Tú marcarás el paso —contestó él.

—Son ustedes afortunados —dijo entonces el mozo de cuadra que les había atendido—. El anterior dueño de la propiedad, sir Roderick Sharmaine, no hubiera podido montar a caballo.

—¿Por qué? —se extrañó Miller, ya con las riendas en la mano.

—Había perdido la pierna izquierda en la guerra y usaba una ortopédica.

—Aún así, se puede montar...

—En el caso del señor Sharmaine, no. La amputación tuvo que ser realizada casi a ras de la cadera.

—Ah... Muchas gracias, Peter.

—Disfruten del paseo —les deseó el mozo de cuadra, hombre ya de mediana edad y aspecto un tanto cansino, pero amable.

Bonnie, asintió. Luego taloneó los flancos de su montura y el animal rompió la marcha.

* * *

Los alrededores de Skanner Hall tenían, ciertamente, muchos atractivos. Miller detuvo la marcha en ocasiones, a fin de tomar algunas placas, en los puntos de mayor belleza.

Finalmente, hora y media más tarde, avistaron Devil's Stone.

Era un colosal monolito de piedra arenisca, rojiza, que se erguía al pie de una colina abrupta, cubierta de espesa vegetación. El monolito tenía una vaga figura humana y en la parte superior estaba rematado por dos pequeños salientes picudos, situados a unos quince metros de altura del suelo.

Bonnie se sintió muy impresionada al ver la piedra, colocada allí por las fuerzas de la naturaleza cientos de miles de años antes. La erosión, sin duda, le había dado aquella forma tan peculiar, que había dado un lógico origen al nombre.

—La Piedra del Diablo —murmuró.

—Y pensar que yo tengo mi alma alquilada a un demonio... —dijo Miller a media voz, mientras recordaba maquinalmente a Polo.

—¿Decías, Tace?

—No, nada —contestó él—. ¿Quieres que te haga una fotografía, con el monolito como fondo?

—Bueno —accedió la muchacha, tras una ligera vacilación.

Desmontó y Miller hizo lo mismo. Ataron los caballos a unas ramas cercanas y luego se dispusieron a tomar unas cuantas placas, constituyéndose alternativamente en el sujeto del objetivo de la cámara.

Al cabo de unos momentos, Bonnie se puso junto a un arbusto, lleno de flores amarillas, que crecía justamente al pie del monolito. Bonnie fue moviéndose, según las indicaciones de Miller, para colocarse en la mejor posición, pero, de pronto, algo falló bajo su pie derecho y cayó hacia atrás y a un lado, a la vez que lanzaba un grito de susto.

Miller se olvidó instantáneamente de la cámara y corrió en auxilio de la muchacha, a la que hizo ponerse en pie con la ayuda de sus manos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí. Había un pequeño hoyo, cubierto de hierba; por eso no lo advertí...

Bonnie se calló de súbito, al ver que Miller tenía la mirada fija en un punto situado a sus espaldas. Entonces se volvió y pudo apreciar que su caída había separado en parte los ramajes del arbusto, permitiendo ver lo que había al otro lado.

— ¡Es una pared! —exclamó asombrada.

—Eso parece —convino Miller con voz neutra.

Atravesó el arbusto y examinó el pequeño muro, de forma alargada en sentido vertical, que parecía cerrar un hueco situado en la base del monolito. Algunas de las piedras daban la sensación de sostenerse únicamente por el peso y no por la argamasa que debía haber servido para su unión.

—Aquí debe de haber algo, al otro lado, por supuesto —exclamó.

—Un tesoro oculto —dijo Bonnie, sonriendo.

Miller alargó las manos y procuró asir una de las piedras, que removió varias veces, hasta conseguir desencajarla de su alvéolo.

—Voy a ver si puedo... —jadeó.

La segunda piedra salió con menos dificultades. Eran de forma irregular, pero habían sido colocadas de modo que encajasen lo mejor posible. En los huecos entre las grandes, había otras menores, incluso guijarros de pequeñas dimensiones.

Movido por un impulso irresistible, Miller quitó la tercera y la cuarta piedra. Al otro lado, se adivinaba un hueco de no más de un metro de profundidad. La piedra número cinco se resistió bastante, pero Miller era hombre joven y robusto.

Tiró con fuerza. De pronto, se oyó un crujido.

—¡Cuidado, Tace! —gritó la muchacha.

Miller saltó hacia atrás. El muro se derrumbaba por sí solo, dada la escasa ligazón entre sus componentes. Las piedras cayeron con cierto estrépito, formando un pequeño montón al pie del monolito.

Entonces, Bonnie lanzó un agudo chillido.

Miller creyó que se le salían los ojos de las órbitas.

Había un esqueleto en aquel hueco, cubierto aún parcialmente por algunos harapos. Los huesos, sin embargo, aparecían completamente mondos, siniestramente blancos.

Pero había un detalle estremecedor, terrorífico.

El esqueleto se mantenía en píe, merced a dos cadenas que rodeaban su descarnado tórax, sujetas a sendas anillas en el fondo del muro con cemento mucho más sólido que la deficiente argamasa, muro constituido por la propia Roca del Diablo.

—Lo emparedaron vivo —adivinó Miller, estremeciéndose de horror al comprender la suerte del desgraciado que, sin duda alguna, había muerto de hambre y de sed en aquel lóbrego in pace.

—¿Quién sería ese pobre hombre? —murmuró Bonnie, algo más repuesta de la primera y espantosa impresión recibida.

De pronto, Miller reparó en algo caído en el suelo, junto a la pierna derecha del esqueleto.

Faltaban los huesos de la pierna izquierda, a partir del tercio superior del fémur, ya muy cerca de la cadera. Aquellas cosas de metal oxidado que se veían en el suelo, junto con algunos rastros de cuero ya podrido, no eran sino una pierna ortopédica.

Y en aquel instante, el joven adivinó la identidad del hombre que había muerto en aquel lugar, después de la más horrible agonía.

—¡Sir Roderick Sharmaine! —exclamó.

CAPITULO III

Había que dar la noticia en Skanner Hall. Resultaba indudable que sir Roderick había perecido asesinado. Después de diez años, se aclaraba por fin el misterio de su desaparición, aunque, como parecía lógico, costaría mucho más conocer el nombre de su despiadado asesino.

Bonnie y Miller volaron más que galoparon de vuelta a la mansión. El joven, sin embargo, no había descuidado tomar unas cuantas placas del esqueleto, incluso un par de primeros planos, aunque se abstuvo de tocar nada, cosa que, sin lugar a dudas, competía a la Policía.

A partir de aquel momento, se dijo, Devil's Stone merecería más que nunca su nombre. Cuando llegaron a la casa, entregaron los caballos al mozo de cuadra y corrieron en busca de la dueña.

Una doncella salió de pronto.

—Señorita Bonnie, le llama la señora Raidler —dijo—. Es muy urgente.

—Está bien, gracias —contestó la muchacha.

—Ve —dijo Miller—. Yo hablaré con Edna.

Bonnie se separó de él. Miller corrió al piso superior y llamó apresuradamente a la puerta del dormitorio de la dueña de la casa.

Edna tardó un poco en abrir. Cuando lo hizo, Miller la vio cubierta apenas con una bata, debajo de la cual, era evidente, no llevaba ninguna prenda. A través del hueco de la puerta, que ella mantenía entreabierta, Miller pudo ver al chico de la cara granujienta, en la cama, cubierto por una sábana.

Dejó de lado aquel erótico detalle. Traía algo más importante.

—Edna, tú compraste Skanner Hall... ¿a quién?'—preguntó.

—¡Tace! ¿Estás loco? Para hacerme esa estúpida pregunta, ¿me sacas de la cama a estas horas? —se indignó la señora McDarney.

Miller manoteó apresuradamente.

—Edna, por favor, no te enfades. Esto es muy importante. Ha ocurrido algo espantoso —dijo—. La casa perteneció a sir Roderick Sharmaine, ¿no es cierto?

—Sí, pero desapareció hace diez años... Hasta hace poco, no se le declaró oficialmente muerto y sólo entonces sus herederos pudieron poner en venta la propiedad. Y ahora, si me permites volver...

—Edna, hemos encontrado los restos de sir Roderick.

Durante unos segundos, ella le miró con ojos súbitamente agrandados, como si su cerebro se negase a admitir la realidad. Luego palideció y se tambaleó ligeramente.

—Tace, tú no hablas en serio —dijo débilmente.

—Lo siento por ti, porque esto te acarreará una publicidad nada agradable, pero debo decirte que considero necesario informar a la Policía de lo sucedido.

—Dios mío, va a ser un escándalo horrible —se lamentó Edna.

—¿Tienes tú algo que ver con el asesinato de sir Roderick?

—¡Por Dios, Tace! Estás diciendo unas cosas horribles... ¡Has dicho asesinato! —chilló de repente la dueña de la mansión.

—Exactamente. La forma en que he encontrado el esqueleto, no permite lugar a las dudas. Empieza a arreglarte, Edna —aconsejó el joven, a la vez que daba media vuelta.

—Sí, sí, ahora mismo... Oh, Dios mío, qué espanto...

Miller giró sobre sus talones. De pronto, vio que se abría una puerta próxima al lugar en que se encontraba. Voces descompuestas salieron a través del hueco.

—¡Está bien, lárgate, zorra! No vuelvas a verme más en tu asquerosa vida, ¿me oyes? Desagradecida, ingrata... Estarías puteando por las calles del Soho, si no hubiera sido por mí...

Bonnie, ya en el umbral, se volvió hacia el interior de la habitación, con ojos llameantes.

—No he sido nunca una de ésas, señora Raidler, y usted lo sabe muy bien —contestó—. En cambio, no se puede decir lo mismo de usted. No se puede decir tampoco que esté en su sano juicio...

—¡Cállate, cállate! —aulló Claire.

De pronto, Miller la vio aparecer en el umbral, con el rostro congestionado por la ira y los ojos fuera de las órbitas.

—Vete, sal de aquí inmediatamente, zorra asquerosa...

—Sí, me iré ahora mismo. Por no soportarla a usted, sería capaz de volver a pie a Londres.

—No te preocupes; ya encontrarás algún camionero complaciente en la carretera. Así te saldrá gratis el pasaje —dijo Claire, riendo desagradablemente.

Miller se sentía estupefacto. Aquella mujer, ¿no estaba inválida, encadenada a su silla de ruedas?

La puerta del dormitorio de Edna se abrió de pronto.

—Claire, ¿qué escándalo es ese? —preguntó.

—No te preocupes, Edna; se trata de esta zorrita, que ha vuelto a deshoras, sin cumplir con lo acordado. Por eso la he despedido.

—He vuelto antes de lo prometido —se defendió Bonnie—. Pero usted no quiere reconocerlo así. Lo que sucede es que...

—¡Basta, señorita! —cortó Edna imperativamente—. Si mi amiga, la señora Raidler, la ha despedido, es que tiene sus razones para ello. Haga las maletas inmediatamente, por favor.

—Un momento —terció Miller—. Edna, la señorita Lawton no puede abandonar tu casa todavía.

Edna y Claire le contemplaron con sorpresa. El joven añadió:

—Bonnie estaba conmigo, cuando aparecieron los restos de sir Roderick. Por tanto, deberá estar presente aquí cuando llegue la Policía.

Claire lanzó un chillido.

—¿Han encontrado a Roderick?

—Sí, señora.

Entonces,, inopinadamente, Claire perdió el sentido.

—Atiéndela —indicó Miller a Bonnie—. Es sólo un desmayo. Edna, con tu permiso, voy a llamar a la Policía.

La dueña de la casa parecía anonadada. Apenas si pudo hacer un movimiento con la cabeza, como respuesta silenciosa a las palabras de su invitado.

* * *

Minutos más tarde, en el gran salón de la casa, Miller ofrecía a la muchacha una copa y un cigarrillo.

—Claire ya se ha despertado —dijo Bonnie.

—Una mujer con mal genio, ¿eh?

—Insoportable, Tace.

—Pero, ¿por qué diablos le gustaba estar, en la silla de ruedas?

—Es un poco maniática. Yo diría que siente complejo de compasión. Pero, por lo demás, puede caminar perfectamente.

—¿Complejo de compasión? —se extrañó Miller.

—Sí. Le gusta ver que la gente se compadece de ella, viéndola, o suponiéndola, inválida. Creo que hace muchos años sufrió un fortísimo shock, aunque ignoro las causas, lo que le produjo un parálisis parcial de los miembros inferiores. Andando el tiempo, logró recuperarse... pero le tomó gusto a la silla de ruedas.

—Y ello, la mejoría, quiero decir, no mejoró su ánimo, valga la redundancia.

—No, evidentemente —concordó la muchacha. Lanzó un hondo suspiro y añadió—: Hoy se puso tan hiriente, que no lo pude soportar más y estallé. Soy muy pacífica, Tace, pero todas las cosas tienen un límite.

—Es cierto —admitió el joven—. Pero eso significa que te has quedado sin trabajo.

Bonnie se encogió de hombros.

—Da igual. Ya encontraré otro empleo, no te preocupes.

Miller la miró con simpatía.

—Quizá yo pueda ayudarte —dijo—. Pero ya hablaremos de eso a la vuelta de Londres.

De pronto, se abrió la puerta del salón y un hombre apareció en el umbral.

—He oído decir que se ha encontrado el cadáver de sir Roderick —exclamó Laird Carslake.

—Lo correcto es decir el esqueleto, señor —puntualizó Miller.

—¿Cómo sabe que esos huesos hallados al pie de Devil's Stone son... pertenecientes a sir Roderick?

Miller sonrió.

—Como diría Sherlock Holmes, «elemental, querido Watson». Junto al esqueleto está la pierna ortopédica que el difunto usó después de que le fuese amputada la original.

—Ah —dijo Carslake meditabundamente—. Así, pues, no cabe, ninguna duda sobre la identidad de esos restos.

—Eso creo yo, señor. Perdone la pregunta... ¿Conoció a sir Roderick?

—Fuimos grandes amigos, señor Miller.

—Y desapareció hace unos diez años.

—Nunca se supo más de él... Yo mismo ordené una investigación. Teníamos algunos negocios en común y luego me costó mucho ordenarlos en forma legal.

Miller contempló a su interlocutor durante algunos segundos.

—Sir Roderick, calculó, tenía unos cincuenta años en el momento de su desaparición. Usted debía de tener entonces unos treinta.

—Treinta y dos —dijo Carslake—. Pero los dieciocho años de edad que nos separaban no eran óbice para que entre ambos existiera una buena amistad y, por supuesto, absoluta confianza mutua en el campo de los negocios.

—Eso es algo que le honra, señor —sonrió Miller—. ¿Sabe ya cómo murió?

—Asesinado, he oído decir...

—Encadenado a un muro de roca y luego emparedado.

Carslake abrió la boca.

—¡Increíble!

—Lo hemos visto la señorita Lawton y yo, señor. Y, por si alguien dudase de nuestras palabras, he tomado fotografías del lugar del suceso, fotografías que, por supuesto, pienso entregar a la Policía.

Otro hombre entró en aquellos instantes.

—Laird, he oído decir que han aparecido los huesos de Roderick —exclamó.

—Así es, Hugh —confirmó Carslake—. Supongo que conoces al señor Miller y a la señorita Lawton.

—Sí, por supuesto —contestó Hugh Mallory—. De modo que ustedes son los autores del hallazgo...

—En efecto, señor Mallory —confirmó Miller.

—El viejo bastardo —murmuró el recién llegado—. Bien mirado, no se puede decir que no se lo tuviese merecido.

—¿Cómo, señor?

Mallory hizo una mueca.

—A Roderick podía faltarle una pata, pero no le faltaban ganas de otras cosas —rezongó—. Aun cojo, corría más que nadie, cuando se trataba de perseguir a una mujer.

—Por ejemplo, la tuya —dijo Carslake mordazmente.

—Sí, la persiguió, la alcanzó... —reconoció Mallory, sin inmutarse—. Pero confío en que ya se le haya borrado la huella de la patada que le di en el culo

al despedirla. Y usted dispense la expresión, señorita Lawton.

A pesar de la gravedad de la situación, Bonnie tuvo que taparse la boca con una mano, para evitar una carcajada.

Mallory se volvió hacia Carslake.

—También corrió detrás de Úrsula, creo —dijo con voz cortante.

—Cierto, pero no alcanzó su meta. Úrsula, y perdona que hable así, era una mujer de ciertas características, que hacían inútiles los esfuerzos de sir Roderick.

—Sin embargo, te divorciaste de ella.

—Por otros motivos, tú lo sabes muy bien, Hugh.

Mallory meneó la cabeza.

—A una mujer como la tuya, yo le hubiera perdonado cualquier cosa —masculló.

De pronto, se oyó el ruido del motor de un automóvil en la explanada.

Bonnie se volvió hacia la ventana más próxima.

—Es la Policía —anunció a los pocos instantes.

CAPITULO IV

Sonó el teléfono y Miller lo separó de la horquilla.

—Hola, sabueso —exclamó Jed Light alegremente—. He leído los periódicos. Vaya notición, tú.

—Sí, ha resultado un poco ruidoso —convino el joven.

—La Policía se siente desconcertada. Es bien sabido que sir Roderick tenía tantos enemigos, que no saben por dónde empezar, para encontrar al que lo condenó a morir de hambre y sed.

—No conozco datos de la vida de ese hombre. ¿Tan malo era?

—Un demonio, Tace. Te lo digo yo, que tuve que tratar en una ocasión con él, en un asunto de falsificación de unos valores bancarios. Encontré al culpable, claro, pero sólo porque sir Roderick era mi cliente. Cuando le puse la mano encima, me daban ganas de pedir para él la Orden del Imperio Británico. Por cosas peores concede esa recompensa la reina.

Miller se echó a reír.

—¿Qué clase de tipo era sir Roderick?

—Piensa en todo lo malo, excepto el asesinato, y aun de eso no estoy seguro, y acertarás en todo. Chantaje, extorsión... se aprovechaba de negocios poco boyantes para comprarlos por una miseria. Aunque eso sí, tenía la diabólica habilidad de reflotarlos y conseguir que se hicieran nuevamente rentables en poco tiempo. Por eso, naturalmente, se había creado muchos enemigos, porque habría podido invertir dinero en el asunto y dejar que el dueño siguiera al frente del negocio.

—Y no lo hizo.

—No. Disfrutaba arrojando a la calle al propietario de la empresa. Y, por supuesto, era insaciable con las mujeres, de quince a cincuenta años. Casadas, divorciadas, viudas, solteras... Oye, parecía un semental.

—¿No se le resistía ninguna? —preguntó Miller, pensando en la señora Carslake.

—Hombre, alguna, no te digo... Pero el noventa y nueve por ciento, caían infaliblemente en sus brazos. —Light soltó una risita—. Debía de gustarles mucho acostarse con un hombre al que le faltaba una pierna enterita. Eso debía de darles un especial placer morboso, me imagino.

—Sí, seguro, Jed.

—De todos modos, el que se vengó, lo hizo a conciencia y le dio una muerte horrible, que no se merecía el peor de los animales. Ah, Tace, olvidaba una cosa.

—Dime, muchacho.

—Te envío por correo un cheque de mil libras —dijo Light.

—Pero, Jed, ¿estás loco?

—Cobré la recompensa por el asunto Wallerhampton gracias a ti. El diez por ciento es lo menos que te mereces, Tace.

—Bueno, si te pones así...

—Claro, hombre —rió Light—. Por cierto, ¿cómo diablos supiste la identidad y el domicilio del estafador? Se había escondido tan bien, que nadie había podido dar con él hasta entonces. ¿Eres adivino, Tace?

Miller demoró la respuesta un segundo. Acababa de recordar a Polo, el diablo en apuros.

¿Había hablado con él realmente?

¿No se trataba de un filántropo, aficionado al humor?

Pero la pregunta más inquietante, para la cual no encontraba por el momento respuesta alguna, era.: ¿cómo había sabido él unos datos de los cuales no tenía conocimiento alguno en el instante en que su amigo le comunicó el affaire Wallerhampton?

Sacudió la cabeza, tratando de alejar de sí tales pensamientos.

—No te preocupes, Jed —contestó con acento trivial—. Eres un buen amigo y me pareció que debía hacerte ese favor.

—Y yo correspondo con mi gratitud, adecuadamente expresada a libras —se despidió Light con una alegre carcajada.

Al colgar el teléfono, Miller encendió un cigarrillo. De nuevo volvía a pensar en Polo, el diablo en apuros.

Hacía ya unos quince días del encuentro. Por tanto, le quedaban trescientos cincuenta de alquiler de su alma. ¿Se presentaría Polo a dar por finalizado el contrato?

De pronto, se dijo que le gustaría volver a verlo de nuevo. Lo malo era que no sabía dónde podía encontrarlo.

Suspiró y se levantó, para ir a la cocina de su apartamento, en donde se preparó una taza de café, que saboreó lentamente, sumido en sus reflexiones, las cuales se habían orientado ahora hacia el hallazgo de los restos de sir Roderick. Una vez hubo despachado el brebaje, regresó a la sala.

Sentado en el diván, había un hombre. Miller no sintió extrañeza alguna al reconocer a Polo.

* * *

—¿Puedo servirte algo de beber? —consultó, tras una ligerísima pausa de silencio.

—Gracias, no acostumbro. El alcohol me hace daño —respondió el hombrecillo jovialmente.

—Muy bien, pues tú dirás...

—Has llevado una vida algo agitada en estos últimos días, Tace.

—Sí —admitió el joven—. El hallazgo de los restos de un hombre que murió emparedado, ha ocasionado mucho ruido. Supongo que sabes a qué me refiero, Polo. Aunque no leas los periódicos —añadió Miller intencionadamente.

Polo sonrió.

—También los leo, no creas —respondió—. Siempre es conveniente estar al tanto de lo que ocurre... en la superficie.

—A veces debe de ser peor que el infierno, ¿verdad?

—No se aleja mucho, en ocasiones, claro. Pero también queda gente buena, te lo aseguro.

—Cosa que no te conviene, a efectos de captar clientela —rió el joven.

—Hombre, los clientes nunca faltan a los diablos inteligentes. Pero yo soy un poco torpe, ya lo sabes.

—Polo, ¿de verdad que en un billón de billones de años no has conseguido nunca un alma?

—No —contestó el hombrecillo con gesto apesadumbrado—. Pero no desespero de conseguirlo.

—Paciencia no te debe de faltar. Un... hombre que ha vivido tanto tiempo, debe estar habituado a esperar, supongo.

—Eso sí es cierto, Tace. ¿Qué tal te ha sentado mi ayuda?

Miller pensó instantáneamente en las mil libras que su amigo le enviaba por correo, y también recordó el billete que Polo le había dado quince días antes.

—No puedo quejarme, gracias. Pero, ¿qué beneficios puedes sacar de alquilar solamente mi alma? Dentro de un año, el contrato habrá finalizado y yo volveré a ser libre.

—Al menos, he conseguido una prórroga. Habiéndote alquilado el alma, eres un cliente potencial nuestro y, mientras tanto, yo busco otro que quiera vendérmela. De este modo, el gran jefe no me expulsará del infierno.

—Sería horrible —exclamó Miller.

—No te lo puedes imaginar. Oye, ¿cómo se te ocurrió buscar los restos de sir Roderick?

—No se puede decir que fuese a buscarlos, sino que más bien los encontré. Claro que ya había oído hablar algo de él, y ciertamente, nada bueno.

—Fue un asesinato.

—Sí. Parece que se trataba de una venganza, pero, hasta ahora, no sabe quién lo asesinó.

—¿Te gustaría encontrar al asesino?

Miller respingó.

—¡Polo, por favor!

—Bueno, ¿y por qué no? Eso te daría fama... y algún dinero.

—Dijiste que me ayudarías en mis negocios.

—Lo he hecho, Tace....,

—Y ahora deseas seguir...

Polo sonrió de un modo extraño.

—Si me lo permites, claro está.

Miller se inclinó hacia adelante.

—¿Quién es el asesino? —preguntó de sopetón.

—Hay algo que debes saber, antes de dar un solo paso. Yo puedo ayudarte,

pero el trabajo, y sobre todo, el trabajo de pensar, ha de ser cosa tuya. Yo no voy a ir por ahí, señalándote a éste o a aquél, porque entonces ya no tendría mérito la cosa. Pero sí puedo hacerte sugerencias que te sean de utilidad.

—¿Por ejemplo?

—¿Cuáles son los motivos, en tu opinión, que tuvo el asesino para matar a Roderick?

—Bueno, parece que la venganza...

—Es un término un tanto ambiguo. Concreta más, Tace.

—¿Y...?

—Hallados los motivos, tendrás al asesino. Dada tu profesión, repito, conseguirás fama y dinero. Pero...

Polo se interrumpió súbitamente. Miller le miró con avidez.

—Pero no cometas errores de bulto o lo echarás todo a perder —añadió el hombrecillo—. Y según la forma en que pudieras fracasar, tu alma sería mía... si ese fracaso se produjese antes de que finalizase el año.

—¡Sólo te he alquilado el alma! —se escandalizó Miller.

—Tace, esto es como alquilar un automóvil. «Es» tuyo mientras lo utilizas, dentro del tiempo pactado. Puedes ir a cualquier parte con él, hacer cualquier cosa, exactamente como si te perteneciese. Luego, cuando terminas tu trabajo, lo devuelves y en paz.

—Mi alma es tu automóvil, ¿eh?

—Algo por el estilo—concedió Polo.

—Muy bien, procuraré ser eficiente, pero también discreto.

—Es un propósito muy elogiable. Y ahora, perdóname, pero tengo que irme. He de ver si consigo un alma en propiedad. Aunque la tuya no sea precisamente un automóvil, me permite moverme libremente.

—Ya... —De pronto, Miller concibió una idea—. Polo, si consigues ese alma, ¿me lo dirás algún día?

El hombrecillo sonrió de un modo muy peculiar, tanto que, por primera vez, Miller creyó que estaba realmente ante un demonio.

—Lo sabrás sin necesidad de que te lo diga —contestó.

Sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno al joven, dándole fuego con su encendedor. Miller aspiró el humo, con la vista fija mecánicamente en la pequeña llama. Cuando ésta se apagó, exhaló el humo.

Entonces se dio cuenta de que estaba solo.

* * *

Durante unos segundos, pensó que todo había sido un sueño. Luego miró el cigarrillo.

Estaba prácticamente entero, de modo que no había tenido tiempo de aspirar alguna droga contenida en el tabaco y que le hubiese nublado la mente durante algunos momentos. Sin embargo, no había visto marcharse a Polo.

Permaneció inmóvil cosa de medio minuto. De pronto, antes de que

hubiera tenido ocasión de ordenar sus pensamientos, sonó el timbre de la puerta.

Cruzó la sala y abrió. La esbelta silueta de Bonnie Lawton se recortó en el umbral..

—Hola —saludó Miller alegremente—. Pasa, por favor. Es una visita totalmente inesperada...

Bonnie agitó la mano delante, de su cara.

—¡Uf, qué peste! —exclamó—. ¿Qué fumas, azufre?

Atónito, Miller contempló su cigarrillo todavía humeante. El no había percibido ningún mal olor.

—Debe de ser un tabaco defectuoso —contestó—. Espera, iré a por un perfumador... Ahí tienes bebidas, si te apetece, Bonnie.

—No te molestes, abriré la ventana, simplemente —dijo la muchacha—. ¿Cómo te encuentras, Tace?

—Oh, perfectamente —repuso él, inclinado sobre un cenicero, para apagar el cigarrillo. «Debe de ser tabaco elaborado directamente en el propio infierno», pensó al enderezarse—. Y, ¿se puede saber a qué debo el placer de tu visita?

—He estado pensando mucho estos días, Tace —manifestó Bonnie—. Supongo que sabes a qué me refiero.

—Por supuesto.

—Es una visión que durará en mi mente mientras viva. Pero se me ha ocurrido una idea y por eso he venido a verte.

—Muy bien, habla —invitó él—. ¿De veras no quieres beber nada?

—No —rechazó la muchacha, a la vez que se sentaba en el diván—. Tace, he estado pensando en tu profesión.

—Bueno, ya te dije que no era exactamente un detective, sino más bien director encargado de la coordinación de trabajos de una agencia de investigación.

—Pero tienes cierta experiencia, ¿no?

—Mujer, algo se pega... ¿Adónde quieres ir a parar?

—Al asesino de sir Roderick, Tace.

Miller entornó los ojos.

—¿Lo conoces?

—No, pero puedo darte una pista.

—A ver, habla —pidió él.

—Aparte de los motivos de la venganza, cualesquiera que sean, pienso que hay también motivos económicos. Como muy bien sabes, sir Roderick era inmensamente rico.

—Sí, es cierto.

—Fue preciso que pasaran muchos años, para que sus herederos consiguieran una declaración de muerte oficial y pudieran acceder así al disfrute de su fortuna. Lo cual, como es lógico, les permitió vender Skanner Hall.

—Exactamente. Sigue, por favor.

—Bien, si tienes un mínimo de interés en el caso, yo puedo indicarte por dónde puedes comenzar tus investigaciones. Empieza por Claire Raidler.

—¿La falsa inválida? —se asombró el joven.

—Sí.

—Pero, ¿por qué ella?

—Lo he recordado en estos últimos días. Se lo escuché en más de una ocasión, pero entonces no le presté atención. Claire sostenía que parte de la herencia debía de haber sido para ella, puesto que era prima en tercer grado de sir Roderick. Nunca dio más detalles sobre el particular, por lo que sólo puedo decirte esto, Tace.

Miller recordó unos instantes a la colérica mujer, de unos cuarenta y cinco años, robusta, de cara más bien basta y nada agradable, y pelo de rata. Con los años, el genio se le había avinagrado, aunque no era preciso ser un lince para saber que siempre había sido una mujer muy arisca.

—Está bien —dijo—. Iré a verla, ¿Quieres darme su dirección, Bonnie?

CAPITULO V

El coche en que viajaba Miller atravesó el paso a nivel sin guarda y acometió a continuación la larga y recta pendiente que permitía llegar a la cima de la loma, situada a unos doscientos metros de distancia de la vía férrea. A cincuenta pasos, a la izquierda, había una taberna, en cuya explanada se veían estacionados dos camiones de carga.

Un poco más allá, había una granja. La casa de Claire Raidler estaba en la misma cumbre de la colina, entre unos árboles, que le proporcionaban un aspecto encantador.

Momentos después, detenía el coche ante la entrada al jardín. Claire estaba sentada en su silla de ruedas, a la sombra de un árbol, con un libro en las manos.

Miller avanzó resueltamente hacia ella. Claire se dio cuenta de su presencia y separó la vista del libro.

—A usted le conozco yo, joven —dijo.

—Pasamos juntos un fin de semana, señora —sonrió Miller.

—Lo recuerdo. Fue un fin de semana que no olvidaré jamás. —Claire, inusitadamente amable, señaló una silla—. Siéntese, señor Miller.

Había una mesita al lado con una campanilla. Claire la hizo sonar y una doncella, severamente ataviada, apareció a los pocos segundos.

—Effie, sírvanos una taza de té.

—Bien, señora.

—¿Puedo fumar? —consultó Miller.

—Claro, hombre. Y yo, ¿puedo saber a qué ha venido?

—Usted era pariente de sir Roderick.

—Mi madre y la suya fueron primas hermanas.

—Y no le dejó nada en herencia.

—No había testamento cuando murió.

—Pero usted tenía derecho a parte de los bienes.

—Si lo tenía, el juez me lo quitó.

—Para entregar su fortuna a otra persona.

—Exacto, joven.

—¿Quién?

Claire le miró burlonamente.

—Oiga, ¿por qué le interesa tanto este asunto?

—Quiero encontrar al asesino de sir Roderick, señora.

Sobrevino una pausa de silencio. Miller y Claire se contemplaban con recíproca fijeza.

La doncella vino en el intervalo. Era una mujer joven, unos treinta años, bastante guapa, de cuerpo generosamente dotado, pero discreta, porque mientras servía el té, no pronunció una sola palabra. Luego se retiró y la dueña de la casa y sus visitantes quedaron solos de nuevo.

—Roderick era un perfecto hijo de puta —dijo Claire, sin levantar la voz apenas—. Créame, no lamenté su muerte.

—¿Le odiaba?

—Tenía motivos para ello.

—¿Cuáles, por favor?

—Me violó.

Miller contuvo difícilmente un respingo.

—Sí, así como suena. Me violó... y tuve que soportarle, con aquella maldita pierna de aluminio...

—Entonces, eso es lo que provocó en usted un shock.

—Sí.

—¿No denunció el hecho?

Claire rió agriamente.

—Estábamos solos. Yo tenía entonces treinta y dos años. Era una mujer libre, divorciada. Y él tenía mucho dinero. Hubiera resultado inútil luchar contra su poderío. Tuve que resignarme a aceptar una indemnización, cinco mil miserables libras esterlinas. ¡Me pagó como una puta!

Miller se dijo que las prostitutas no cobraban tanto por unos momentos de placer, pero no quiso expresarlo verbalmente. Y aún tenía ciertas dudas sobre la violación. Quizá ella le había provocado. Doce años atrás, debía de estar aún bastante apetitosa y los afanes sensuales de sir Roderick más virulentos que nunca.

Como fuera, el hecho tenía sólo una importancia relativa. Apuró el té y dejó la taza y el plato sobre la mesa.

—En su opinión, señora, ¿qué persona pudo tener interés en su muerte?

—Voy a indicarle un nombre y una dirección. Anote, joven.

—Sí, señora.

Miller guardó la agenda momentos después.

—¿Quién es esta dama? —inquirió.

Claire soltó una risita.

—Pregúnteselo a ella misma —contestó.

—Así lo haré, señora. Por favor, dígame, ¿cree que pudo ser Hugh Mallory?

—Motivos no le faltaban, ciertamente, ¿Los conoce usted?

—Sí, señora.

—Puede que hablar con Mallory le resulte interesante, pero, en todo caso, no lo haga sin antes haberse entrevistado con la mujer que le he indicado.

—Gracias, señora. Oiga, ¿no siente deseos de cuando en cuando, de dar un paseíto, sin la silla de ruedas?

Claire soltó una risita.

—Me gusta —dijo.

Miller se puso en pie.

—Algunos me llaman chiflada por esta afición, los pocos que lo saben, claro, pero yo me paso sus opiniones por debajo de las piernas —añadió la

mujer crudamente.

—Es lo mejor. Adiós, señora Raidler.

—Adiós, señor Miller.

El joven volvió a su coche y arrancó de inmediato. A los pocos momentos, divisó la muestra de la taberna. Era un día caluroso y tenía sed. Miller se dijo que no estaría de más obsequiarse con una jarra de cerveza bien fresca y orientó el automóvil hacia la taberna.

* * *

En el jardín, Claire había vuelto de nuevo a su lectura. De pronto, sintió cierto contacto en el cuerpo.

Una cuerda pasó por delante y rodeó su cintura. Dos manos enguantadas la ataron a la silla.

—¡Eh, oiga! —Chilló Claire—. ¿Qué es lo que pretende usted? ¡Suélteme, por todos los diablos! Le digo que me suelte... ¿Es que no me oye?

No hubo respuesta. Claire se debatió furiosamente, pero todo fue inútil. La silla tenía una almohadilla en lo alto del respaldo, para apoyar la cabeza, y una segunda cuerda sujetó su cuello al saliente superior, aunque sin apretar lo suficiente, lo justo sólo para evitar que moviese los hombros.

Luego, las manos enguantadas empujaron el cochecito hacia la carretera. A Claire se le pusieron los pelos de punta.

—¡No, no! —gritó.

Las manos enguantadas empujaron la silla de ruedas, situada ya en el centro de la carretera, hasta hacerla adquirir cierta velocidad. Los gritos de Claire resultaban horripilantes, pero nadie podía escucharla.

La silla empezó a deslizarse por la pendiente, con velocidad gradualmente acelerada. Claire aullaba como una posesa.

En la taberna, Miller, junto al mostrador, bebía pausadamente su cerveza. Un poco más allá, dos fornidos camioneros comentaban la última derrota del Manchester United, en su propio campo, frente al Arsenal.

De pronto se oyeron unos gritos en el exterior. Miller volvió la cabeza. El tabernero y los dos conductores hicieron lo propio.

Miller creyó que soñaba. Era un espectáculo alucinante ver aquella silla de ruedas, moviéndose con una espantosa velocidad por la pendiente, en dirección al paso a nivel.

El tabernero lanzó una exclamación:

—¡Dios santo! ¡El expreso de Edimburgo está a punto de llegar!

Miller se precipitó al exterior. La sirena de la locomotora tronaba ya, señalando su inminente cruce.

La imagen del expreso se agrandó rapidísimamente. El estruendo del convoy, lanzado a ciento veinte kilómetros por hora, apagó por completo los horrorosos alaridos de Claire.

La silla de ruedas llegó al paso a nivel, al mismo tiempo que la poderosa

locomotora diesel eléctrica. Con ojos morbosamente fascinados, Miller y los otros tres testigos, contemplaron la horrenda escena.

Tras el impacto, la silla de ruedas voló por los aires, dejando atrás parte de su estructura. El golpe, enormemente fuerte, rompió las cuerdas y el cuerpo de Claire se separó de la silla. Miller la vio volar como un pelele, sus brazos y sus piernas agitándose trágicamente con movimientos que ya no obedecían a su voluntad. Durante aquel vuelo, Claire dejaba una estela de chorros de un líquido siniestramente rojo.

El expreso pasó, tonante, y se alejó veloz, aunque ya se percibían los primeros chirridos de los frenos.

Miller oyó de pronto un ruido extraño. Volvió la cabeza. Uno de los camioneros estaba vomitando.

Luego reaccionó y echó a correr hacia el lugar donde yacía, inmóvil, el cuerpo de Claire. Sabía que todo era ya inútil.

* * *

Bonnie llenó una copa y se la entregó al joven, a la vez que le dirigía una mirada afectuosa.

—Debió de ser algo horrible —dijo.

—Espantoso —contestó Miller, después de un largo trago—. Un espectáculo horripilante.

—Y ella murió en el acto...

—Figúrate. El tren iba a ciento veinte por hora.

—Tace, estoy pensando en que el asesino debió de calcular muy bien la hora en que pasaba el expreso de Edimburgo. ¿No lo crees así?

—Es probable, pero, en todo caso, tendría que haber sido un cálculo de enorme exactitud. Yo me inclino más bien a pensar que buscaba el vuelco de la silla, que debiera haberse producido en el momento del cruce del paso a nivel o unos metros más adelante, debido a las irregularidades del terreno en aquel punto. Un automóvil salva bien los pequeños huecos que hay entre los carriles de la vía y el pavimento de la carretera, pero una silla de ruedas es algo muy diferente.

—Sí, comprendo. Quizá tengas razón —convino ella—. ¿Te molestó mucho la policía?

—Oh, no lo creas. Les dije, simplemente, que nos habíamos conocido en Skanner Hall y que había ido a visitarla, cumpliendo un mero deber de cortesía, debido a su estado de invalidez. Naturalmente, simulé no conocer que podía moverse casi tan bien como tú y como yo.

Bonnie hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y la doncella que la atendía? Me refiero a Rhoda Paines.

—¿Cómo dices?

—Rhoda Paines, así se llamaba la doncella —insistió Bonnie.

—La mujer que estaba allí, atendía por el nombre de Effie.

—Claire debió de haberla despedido también —supuso la muchacha—. Tenía un genio insufrible. Aunque bien mirado, en el fondo era digna de compasión.

—A la doncella la atacó el asesino, dejándola inconsciente, atada y amordazada. Así como la encontramos más tarde y, lógicamente, Effie no recordaba nada. Pocos detalles pudo dar, puesto que, como tú dices, era nueva en el empleo. A veces me pregunto si el mal genio de Claire no sería debido a la violación.

Bonnie se espantó al oír aquella palabra.

—¿Violación?

—Sí. Lo hizo sir Roderick hace unos doce años. Me lo confesó ella misma.

—No lo sabía...

—Quizá sentía vergüenza de confesarlo ante otra mujer. Pero no cabe duda de que lo odiaba.

—Pobre mujer. Me da una pena infinita —suspiró la muchacha—. ¿Te dijo algo interesante?

—Sí. Me indicó el nombre de una mujer, y su dirección, claro está pero no quiso añadir más detalles. Dijo que ella me los daría.

—¿Piensas ir a verla?

—Por supuesto.

—¿Puedo acompañarte?

—Sí, pero sólo hasta la puerta de tu casa.

—Entonces eres tú el que me acompañarás a mí —observó ella, sorprendida.

—Justamente, encanto —respondió Miller.

Era una forma muy hábil de encubrir la negativa, comprendió la muchacha.

—¿Cuándo?

—Iba a hacerlo cuando tú llegaste, de modo que ya no puedo perder más tiempo —replicó el joven.

CAPITULO VI

La dama indicada por Claire Raidler atendía por el extraño y mitológico nombre de Ceres y el apellido era Willard. Una hora más tarde, Miller llamaba a la puerta de su casa, situada en Pimplico, a muy poca distancia de los jardines de Vincent Square.

Alguien le escrutó unos momentos a través de la mirilla. Luego sonaron ruidos de cerrojos y al fin se abrió la puerta.

—Pasa, Tace —dijo Ceres.

Era una mujer de unos treinta y dos años, alta, muy rubia, de senos rotundos y amplias caderas, aunque, extrañamente, de talle muy delgado. El atractivo sensual de la dama saltaba a primera vista.

En aquellos momentos, vestía una especie de kimono, corto, hasta poco más arriba de las rodillas y de mangas amplias que llegaban justo al codo. El color negro de la prenda, adornada con dragones y serpientes multicolores, contrastaba exóticamente con la frondosa cabellera, casi blanquecina, de tan rubia.

—¿Me conoces? —se sorprendió el joven.

Ella se echó a reír.

—Pero, tonto, ¿ya no te acuerdas de Charlotte Williams? Además, entonces tenía el pelo casi negro...

—Por todos los diablos —exclamó el estupefacto visitante—. Pues claro que me acuerdo de Charlotte Williams, pero... ¿cómo demonios iba a suponer que...?

Ella lo agarró por un brazo y tiró de él hacia dentro.

—Ceres Willard suena mejor en mi trabajo —manifestó—. Es más distinguido y con el tinte del pelo, tapa mi auténtica personalidad. ¿Qué quieres tomar, Tace?

—Lo... lo que me pongas —contestó el todavía aturdido Miller—. ¿Dónde trabajas ahora, Charl... digo, Ceres?

—En el Black Castle. Pero no te preocupes; hasta las nueve de la noche, no tengo que acudir al trabajo. Y sólo son las dos de la tarde.

Le entregó una copa y le miró por encima del borde superior de la suya, con sonrisa maliciosa.

—Bueno, chico, ¿y qué has venido a hacer aquí, si se puede saber? ¿A refrescar viejos conocimientos?

—Ceres —dijo el joven, tratando de acostumbrarse al nuevo nombre de su prometida—, la persona que me dio tu dirección no mencionó para nada que eras Charlotte Williams. Y si has leído los periódicos, sabrás que está muerta.

—¿Quién es, Tace?

—Claire Raidler.

—¡Claire...! Oh, pero eso no es posible...

—¿La conocías?

—Por supuesto. Tiene... tenía una participación en Black Castle, que alcanzaba al veinticinco por ciento. A veces iba allí, muy discretamente, desde luego... Pero, ¿por qué tenía que darte mi dirección?

—Hace diez años, desapareció un importante, y detestado, hombre de negocios, llamado sir Roderick Sharmaine. Lo encontré yo, hace unos días... mejor dicho, encontré sus huesos. Murió asesinado y yo tengo cierto interés en encontrar al asesino. Claire y yo habíamos coincidido en un fin de semana, en la propiedad en donde aparecieron los huesos de sir Roderick; por eso, ayer fui a verla y entonces me indicó tu nombre. Luego... la asesinaron.

Ceres tenía los ojos muy abiertos.

—Parece una historia fantástica...

—Es real.

—Sir Roderick —murmuró Ceres—. El maldito cojo.

—Le conociste.

—Por desgracia..., aunque por suerte, sólo estuve con él una vez. Luego me pasé dos días enteros, en que apenas salía de la bañera.

—Un tipo repulsivo, ¿eh?

—No te puedes imaginar. Pero, entonces, yo tenía once años menos y una experiencia nula... Bueno, son cosas que pasan.

—Sí, pero yo quiero encontrar a su asesino.

—¿Por qué, encanto?

—Simple curiosidad.

Ceres fue al diván y se reclinó en él, cruzando las piernas aparatosamente.

—Puedo darte un nombre —dijo.

—Habla —invitó él.

—Hazel Mallory.

—¡Mallory!

—¿La conoces?

—Si es la misma que pienso, conozco a su esposo. O al que fue su esposo.

—Está divorciada, pero no ha vuelto a casarse; por eso sigue usando el apellido de su marido. Anota sus señas...

Miller lo hizo así. Luego preguntó:

—¿Qué es lo que puede decirme Hazel?

Ceres contestó con una risita.

—Lo sabrás, cuando hables con ella —dijo—. Ven, siéntate a mi lado.

Miller fijó la vista en la joven. La bata se había entreabierto y permitía adivinar un fascinante panorama de carne cálida y perfumada. Avanzó un par de pasos, se sentó junto a Ceres y, sin más, metió una mano en el interior del kimono, a la vez que buscaba vorazmente la ardiente boca de la muchacha. Tal como había supuesto desde el primer momento, Ceres no llevaba nada debajo del kimono.

Sus dedos empezaron a juguetear con uno de los pezones, que se endureció rápidamente, mientras las dos lenguas entablaban un furioso combate. Ceres se agitaba y se removía como el rabo de una lagartija, y sus manos tampoco

estaban inactivas.

De pronto, se separó y miró al Joven con ojos brillantes de deseo.

—Tace...

Miller sonrió.

El apartamento de Ceres estaba decorado con cierto lujo. Sobre el suelo había un par de cálidas pieles de oso. Ella se quitó el kimono de un manotazo y, con fingida languidez, se tendió completamente desnuda sobre las pieles.

—Aquí, Tace.

—Sí, Ceres —contestó él, mientras empezaba a desnudarse.

* * *

Se despidieron a las ocho de la tarde, en la puerta de la casa, con un cálido beso. Ceres tenía su propio coche y Miller la acompañó hasta el vehículo.

—¿Cuándo irás a ver a Hazel? —preguntó ella.

—Mañana. Hoy... ¡uf! —respondió Miller maliciosamente.

Ceres soltó una risita.

—Te has portado como un marinero que vuelve a puerto, después de un año en la mar —dijo.

—Al menos, habrás quedado contenta de... de mis servicios.

—Contentísima y dispuesta a recibirlos de nuevo, cuando quieras. Muchos me ven desnuda en el Black Castle, pero las cosas no pasan de ahí.

—Gracias, encanto.

—Yo también te las doy. Ah, ten cuidado con Hazel —advirtió Ceres.

—¿Por qué?

—Tiene un genio infernal. Pierde fácilmente la cabeza, si se la contraría.

—La conoces bien, ¿eh?

—Dejé de relacionarme con ella, debido a ese mal carácter. Alguien le dijo, en una ocasión, que el día en que perdiese realmente la cabeza, sería el más feliz de su vida.

—¿Quién se lo dijo?

—Su esposo, ¿quién iba a ser?

—¿Lo conoces?

Ceres le guiñó un ojo.

—También tiene un veinticinco por ciento en Black Castle. Hace algunos años, en un momento de depresión, se confió conmigo y me contó parte de las cosas que le habían sucedido con Hazel.

—¿Incluso los cuernos que le puso con sir Roderick?

—Sí. Bien, encanto, se me hace demasiado tarde. Adiós, Tace.

—Adiós, Ceres.

El coche arrancó y Miller se dirigió al suyo. Después de cenar en un restaurante próximo a su casa, se acostó, aunque antes de dormir, leyó un rato. Por la mañana, cuando apenas había salido del baño, sonó el timbre de la puerta.

Vestido con una bata de felpa, fue a abrir. Era Bonnie.

—Dispénsame, Tace, pero la curiosidad no me ha dejado casi dormir...

—Entra —invitó él—. Iba a prepararme el desayuno. Puedes tomarlo conmigo, si te apetece.

—Yo lo haré, mientras te vistes.

—Sí, gracias.

Minutos después, se reunía con la muchacha en la cocina. Ella le alargó una taza humeante.

—Cuenta —dijo Bonnie.

—Tenemos que esperar —declaró él.

—¿Esperar? —se extrañó ella.

—Sí. Debo hablar con Hazel Mallory. Su esposo estuvo en Skanner Hall. ¿Lo recuerdas, supongo?

Bonnie asintió.

—¿No te dijo nada la otra?

—Muy poco. Si sabía algo, prefirió enviarme a Hazel.

—¿Cuándo piensas visitarla, Tace?

—En cuanto termine el desayuno.

—¿Puedo ir contigo... esta vez?

Miller se echó a reír.

—No hay objeción —accedió.

—Menos mal —respiró Bonnie.

Minutos después, salían de la casa. Eran ya más de las diez de la mañana. Puesto que Miller no necesitaba seguir un horario rígido de trabajo, no tenía necesidad de madrugar.

Cuando llegaron a casa de Hazel Mallory, eran ya las once. El ascensor les dejó en la quinta planta del edificio donde residía una de las innumerables mujeres que habían sucumbido a los deseos de sir Roderick, aquella, pensó, a la cual su esposo había despedido de una patada en salva sea la parte, y no de forma metafórica, sino con absoluta realidad.

Llamó a la puerta, pero no hubo respuesta alguna.

—Habrá salido —supuso Bonnie.

—No lo creo —dijo él, a la vez que volvía a apretar el botón de llamada—. No trabaja. Su esposo le pasa una pensión, que la permite vivir sin dar golpe.

La puerta seguía sin abrirse. Un tanto nervioso, Miller agarró el pomo y lo sacudió. Entonces, la puerta se abrió.

—¿Entramos?

—Claro...

Miller avanzó paso a paso. Dentro de la casa, reinaba un silencio absoluto.

—Señora Mallory —llamó.

De pronto, Bonnie lanzó una exclamación:

—Está ahí, Tace.

Miller miró a través del hueco que dejaba una puerta entreabierta y que daba a un gabinete íntimo. Sentada en un butacón, con las manos sobre los

brazos del mueble, había una mujer. Estaba vestida con un traje de severo corte, cerrado de cuello, hasta la barbilla.

Parecía dormir. Su rostro; apreció Miller, estaba completamente limpio de color.

Abrió la puerta y avanzó un paso.

—Señora Mallory —repitió.

Hazel continuó guardando silencio. Entonces, Miller avanzó hacia ella y la sacudió por un hombro.

—Vamos, despierte...

De repente, Bonnie lanzó un alarido espantoso. Miller dio un tremendo salto hacia atrás, mientras la cabeza de la mujer se desprendía de su tronco, rodaba hacia el regazo y saltaba a continuación al suelo, en donde rebotó varias veces, con ecos estremecedores, hasta quedarse inmóvil a un par de pasos de sus propios pies.

CAPITULO VII

—No he podido pegar ojo en toda la noche.

Miller sonrió, a la vez que entregaba a la desmadejada Bonnie una taza de café bien cargado.

—¿Has leído los periódicos? —preguntó.

—¡Dios me libre! —exclamó ella, horrorizada—. Con lo que vi, tengo más que suficiente.

—Yo sí los he leído —declaró Miller—. Tenía que hacerlo, lógicamente.

—¿Qué dicen?

—Aparte de relacionar ese crimen con el asesinato de sir Roderick, se especula con la posibilidad de que el asesino tenga conocimientos de cirugía.

—¿Por qué, Tace?

—Sé fuerte, encanto. La muerte no se produjo por decapitación.

—¿Cómo? —saltó ella en su asiento.

—El asesino la atontó de un golpe. Luego le inyectó una droga mortal, aún tienen que analizarla, lo que fue causa del fallecimiento diez minutos más tarde. Después, llevó el cadáver a la bañera, o quizá no había muerto aún, y le practicó una incisión en la yugular, hasta que ella se desangró por completo. De este modo, la sangre corrió por el desagüe y no quedaron manchas en el piso.

—Siento escalofríos... —dijo Bonnie débilmente—. Pero, ¿cómo puede ser un hombre tan sádico...?

Miller se encogió de hombros.

—La mente humana es un abismo insondable —dijo, filósofo—. ¿Puedo continuar?

—Sí. Después de lo que vi ayer, nada puede ya sorprenderme.

—Muy bien. Una vez que el cuerpo de Hazel perdió toda su sangre, el asesino la decapitó, empleando para ello un bisturí y una sierra de dientes muy finos. Un corte perfecto, al decir del forense.

—Y luego la colocó en el sillón...

—Exacto.

Bonnie entornó los ojos.

—¿Esperaba, tal vez, que alguien la encontrase allí?

—Seguro.

—Pero no esperaba que fuésemos nosotros, supongo.

—No lo creo.

—Entonces, ¿quién, Tace?

—¿No te parece que deberíamos intentar averiguarlo?

—Pues... sí, parece razonable, aunque no sé por dónde empezar.

—Yo sí lo sé, Bonnie.

—¿A quién vas a visitar? —imaginó ella.

Miller pensó de inmediato en Ceres Willard. La rubia sabía mucho más de

lo que aparentaba, pero no había querido decírselo, enviándolo a visitar a Hazel Mallory.

Y le había dicho que era mujer que perdía fácilmente la cabeza, una imagen retórica, que se ha convertido en la más siniestra de las realidades.

Pero, ¿quién había hecho auténtica una frase simplemente metafórica? El asesino tenía conocimientos de cirugía. Sería cuestión de averiguar los antecedentes de los posibles sospechosos. Y, ¿quiénes eran los sospechosos?

—¿No me contestas, Tace?

Miller, absorto en sus pensamientos, se sobresaltó ligeramente.

—Te lo diré por la noche —respondió al fin.

Bonnie no debía acompañarle a la casa de Ceres Willard, decidió.

—Muy bien. ¿Quieres que venga a tu apartamento? —consultó ella.

—Te llamaré por teléfono. Quizá cenemos juntos, si no tienes inconveniente.

—Me gustará —dijo la muchacha.

* * *

Una hora más tarde, Miller se llevó una fuerte decepción.

Cuando iba a entrar en la casa, el conserje le detuvo en el vestíbulo.

—¿Se dirige usted al apartamento de la señorita Willard?

Miller asintió. El hombre le había visto dos días antes, precisamente cuando le preguntó por el número de aquel apartamento dato que Claire Raidler no le había facilitado.

—En efecto —admitió.

—Lo siento, señor; pierde usted el tiempo. La señorita Willard se marchó muy de mañana. Dijo que iba a visitar a una anciana tía suya, que se había puesto súbitamente enferma, y que no sabía cuándo podría volver.

—¿Sabe dónde vive la tía de la señorita Willard?

—No, señor. Lo siento muchísimo...

Profundamente pensativo, Miller volvió a la calle. ¿Se había marchado Ceres, porque temía acabar como Hazel? ¿Sabía demasiado?

Tras unos segundos de indecisión, se metió en el coche. Si no podía hablar con Ceres, sí podía hacerlo con el que ya era viudo de la víctima, Hugh Mallory.

Mallory le recibió con escasa amistosidad, más bien hostilmente, advirtió Miller a los pocos instantes. Si su esposa había tenido mal genio, él no parecía irle a la zaga. Con sólo verle la cara se comprendía la veracidad de la frase relativa a la patada en el «pompis», con que la había despedido, tras enterarse de sus devaneos con sir Roderick.

—Me extraña que no vaya al funeral —dijo el joven, después de los primeros escarceos.

—Esa señora ya no era mi mujer, aunque legalmente continuásemos unidos —respondió Mallory desabridamente—. No tengo ya el menor

sentimiento hacia ella. ¿Ha muerto? ¡Buen viaje al infierno!

Miller pensó inmediatamente en Polo, por simple asociación de ideas. Pero dejó a un lado aquellos pensamientos y continuó:

—En su opinión, ¿quién la asesinó?

Mallory le miró hirientemente.

—Joven, ¿qué demonios le interesa a usted este asunto?

—Yo encontré los restos de sir Roderick. Su esposa tuvo alguna relación con él.

—Demasiada «relación» —dijo Mallory agriamente—. Pero yo no sé nada del asunto.

—¿No sabe tampoco quién asesinó a sir Roderick?

—Felicito muy sinceramente al que lo hizo. Y me gustaría conocerle, para invitarle a una botella del mejor champaña.

—¿También al que mató a su esposa?

—Ella ya no me molestaba. Su existencia me era tan indiferente como la de un zulú.

—Toda vida es respetable, señor Mallory, aun la de un zulú.

—Cierto, pero esa vida me resulta indiferente, aunque la respete.

Miller se dio cuenta de que estaba frente a un interlocutor muy duro de pelar.

—En suma, no puede darme ningún dato interesante.

—Lo siento.

—Diríase que oculta algo...

—En todo caso, no le importa a usted en absoluto.

—Lo sé. No tengo ninguna autoridad especial. Pero sí puedo sentir curiosidad por resolver este enigma.

Mallory sonrió burlonamente.

—Se cree un nuevo Sherlock Holmes, ¿verdad?

—No le alcanzo a la suela del zapato, pero tampoco hay ley que me impida investigar por mi cuenta.

—Siga, siga, joven —dijo Mallory con suprema ironía—. Puede que llegue a conseguir fama y dinero. Y eso siempre resulta agradable. Aunque no lo logrará con mi colaboración, por supuesto.

—Lo veo con toda claridad. ¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Desde luego.

—¿Quién o quiénes eran los herederos de sir Roderick?

Un hombre entró de pronto en la sala.

—Señor, ya tiene el baño preparado —informó.

—Gracias, Henry.

—Con el permiso del señor, y mientras se baña, saldré a llevar el coche para que lo laven. Lo tendrá listo para cuando haya terminado de bañarse y esté vestido —dijo el sirviente.

—Muy bien, Henry, muchas gracias. El hombre, de unos sesenta años, y de aire un tanto cansino, abrió la puerta y salió. Mallory, que estaba vestido

con una bata, se soltó el cinturón, mientras cruzaba la sala en sentido opuesto.

Miller echó a andar tras él.

—Aún no me ha contestado a mi pregunta —dijo.

—Ah, sí, los herederos de sir Roderick.

—Exacto, señor.

Mallory estaba ya en el umbral de la puerta del baño y tiró la bata a un lado, quedándose completamente desnudo. Sucesivamente, lanzó las zapatillas al aire y avanzó hacia la bañera.

—¡Qué peste de perfume! —Exclamó, arrugando la nariz—. Este condenado Henry debe de tener atrofiada la pituitaria.

Miller observó que, en efecto, la atmósfera del cuarto de baño era casi irrespirable, a causa de la cantidad de perfume esparcida por el sirviente, mediante un ambientador en spray.

—Pero, bueno, ¿me contesta o no? —exclamó, impaciente.

Mallory se volvió hacia él y le miró con ojos burlones.

—Se sorprendería usted si lo supiese —contestó.

—Bien, déme la sorpresa —pidió el joven.

—No son herederos, sino heredera. Y se llama...

Y se metió casi de golpe en la bañera, sentándose sin solución de continuidad, con el agua hasta el cuello. Pero, de repente, lanzó un alarido horripilante.

Miller sufrió una fuerte sacudida. Sumergido en el agua hasta el cuello, Mallory se agitaba como un poseso.

De pronto se puso en pie, sin dejar de lanzar horribles chillidos. Miller, aterrado, vio que todo el cuerpo de Mallory, a excepción de la cabeza, había adquirido un espeluznante color rojo.

Bruscamente, Mallory cayó de nuevo en la bañera y esta vez su cara se sumergió en el líquido. En el mismo instante, unos hediondos vapores empezaron a brotar de la bañera, borrando en el acto el intenso perfume que hasta entonces había invadido el ambiente.

Espantado, Miller conservó la serenidad suficiente para tocar el líquido con la yema de un dedo. Una sensación de fuego traspasó inmediatamente su epidermis y le hizo sacudir la mano con fuerza. Corrió al lavabo, para abrir el grifo, y sumergió la mano en agua fría, a fin de lavar por completo la región afectada por aquella extraña quemadura.

Mientras lo hacía, volvió la cabeza.

Mallory estaba ya completamente inmóvil. El joven pensó que debía llamar pronto a la Policía.

Era preciso evitar que el cuerpo de Mallory se disolviese en el ácido que llenaba la bañera.

* * *

—Pero, ¿quién hace unas cosas tan horribles? —exclamó Bonnie, no

menos espantada que el joven.

Miller apartó el plato que tenía frente a sí. Había encargado un menú para la cena, pero no sentía el menor apetito.

—No lo sé —contestó desanimadamente.

—Una serie de asesinatos en cadena... muy rápidos, y todos ellos con unas características verdaderamente horribles. Una silla desbocada, si vale la frase, una mujer decapitada, un hombre abrasado en ácido... ¿No te parece como si fuese una especie de venganza de ultratumba, realizada por el espectro de sir Roderick?

—Los hechos son absolutamente reales, sin la menor relación con los fantasmas. Pero sí, en efecto, parece como si alguien se estuviese vengando, aunque, en verdad, no conozco los motivos.

—Tace, ¿quién puso el ácido en la bañera? Eran muchos litros, ¿no te parece?

—El único que podría contestar a esa pregunta es Henry, el sirviente de Mallory.

—¿Y qué dice al respecto?

—Nada.

—¿Cómo?

—Ha desaparecido. Se han encontrado varios garrafones en uno de los trasteros de la casa. Por lo visto, Henry fue trayéndolos sucesivamente, sin que Mallory lo advirtiese, hasta reunir la suficiente cantidad de ácido, que le permitiese llenar la bañera hasta el límite corriente. Y, como puedes comprender, el intenso uso del ambientador, tapó el olor del ácido, hasta que al meterse él en la bañera removió el líquido y...

Bonnie se tapó la boca con una mano.

—Por favor, no sigas —solicitó.

—Fue una muerte horrible, desde luego. Aunque su agonía resultó muy breve; según parece, el shock le provocó un paro cardíaco casi instantáneo. Pero si hubiese estado solo en casa, su cuerpo se habría disuelto en el ácido.

—Oh, Tace...

—Lo siento, encanto; es preciso afrontar la realidad y mirar los hechos tal como son. Por supuesto, se considera a Henry como el culpable.

—Sí, pero, ¿quién es Henry?

—Según creo, había entrado al servicio de Mallory hace un par de meses. Tiene unos sesenta años, pero se conservaba bastante bien, manifestó el conserje. Era un hombre muy reservado, pero también cortés y atento. Mallory se sentía encantado con él.

—Sin saber que iba a ser su asesino.

—Claro, Bonnie.

Ella puso los codos sobre la mesa.

—Tace, dime, ¿se sabe quién es Henry en realidad?

—La Policía investiga sobre su personalidad; es todo cuanto puedo decirte.

—Y fue capaz de ir llevando a la casa, y sucesivamente, los garrafones con

ácido...

—Sí, lo hizo, no cabe la menor duda.

Bonnie entornó los ojos.

—Me pregunto si Henry no fue el asesino de Claire y de Hazel también. Aunque si estaba empleado como sirviente...

—Mallory salía con mucha frecuencia, no olvides su participación en el Black Castle. Cuando murió, eran casi las doce del mediodía. La mayor parte de los días, regresaba a altas horas de la madrugada.

—Lo cual permitía a Henry abandonar la casa largos períodos de tiempo.

—Exactamente.

—Tace, dime, Mallory llegó a mencionar una heredera de sir Roderick, pero no pudo citar su nombre. ¿Quién supones que puede ser?

—Oh, ése es un problema nada difícil. Se lo preguntaré a Edna McDarney. A fin de cuentas, ella compró Skanner Hall a la heredera de sir Roderick.

—Es una buena idea. ¿Qué más piensas hacer?

—Tengo que hablar con los dos Carslake, a ser posible, separadamente.

—Ten cuidado; son gente de peso.

Miller pensó en aquel momento en la advertencia de Polo. Sí, sería preciso actuar con el máximo de precauciones.

Para ello, se dijo, nada mejor que empezar el interrogatorio por la señora Carslake, Ursula de nombre.

CAPITULO VIII

El timbre sonó relativamente temprano a la mañana siguiente. Envuelto en la bata, con una toalla al cuello, Miller fue a abrir, rezongando entre dientes acerca de la impaciencia de Bonnie. Pero muy pronto pudo advertir su error.

No era Bonnie.

—Me llamo Dena Hobbs, señor Miller —dijo la visitante—. ¿Puedo pasar?

El joven se echó a un lado.

—Pase, señora —accedió.

Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, de regular estatura y de facciones agradables, vestida discretamente, aunque no daba la sensación de ser pobre. Dena se sentó en un sillón, pero permaneció erguida, las manos y las rodillas muy juntas.

—Soy hermana de Dick Hobbs —dijo.

—No tengo el gusto de conocer a su hermano, señora.

—Le creo, señor Miller. Precisamente por eso estoy aquí.

—No entiendo —dijo el joven, desconcertado.

—Será mejor que lo diga todo de una vez. He leído los periódicos y así he podido enterarme de su relación con el hallazgo del esqueleto de sir Roderick. Señor Miller, mi hermano era empleado de sir Roderick. Hablando con claridad, su hombre de confianza.

—Según tengo entendido, sir Roderick no tenía muchos amigos. Un hombre de confianza, de quien sea, siempre es un buen amigo.

—Sobre eso, no puedo opinar. Sí le diré que mi hermano desapareció también, en las mismas fechas que sir Roderick. Hace ya diez años de ello y no he vuelto a verle. Por supuesto, jamás he tenido noticias suyas, desde entonces.

Miller arqueó las cejas. Era una noticia absolutamente sorprendente.

—Bien, pero...

—Aguarde un momento, por favor —dijo la visitante—. Mi hermano y yo estábamos bastante unidos, aunque, a decir verdad, nunca le pregunté por el papel que desempeñaba junto a sir Roderick. Harto me imaginaba algunas cosas, pero yo me decía que eran asuntos de hombres y que no me importaba en absoluto, siempre que lo que hiciese no fuese algo deshonesto. Un día, muy poco antes de su desaparición, me dijo que iba a ir a Skanner Hall. ¿Sabe dónde está?

—Sí, he estado allí.

—Dick habló algo de una importante suma de dinero, que debía esconder, para... bueno, evadir impuestos no es honrado que digamos, pero peor sería robarlo, ¿no le parece?

—Depende de los puntos de vista, señora —sonrió el joven—. En el fondo, todos nos sentimos contentos cuando le escatimamos una libra al fisco.

—Bien, el caso es que Dick se despidió de mí. Citó algo sobre una piedra

muy grande.

—¿Devil's Stone, tal vez?

—Sí, eso creo. Se marchó y ya no volví a verle.

—¿Habló con sir Roderick?

—Cuando llamé a su casa, me dijeron que había salido de viaje y que no sabían cuándo regresaría. Esperé un tiempo, volví a llamar, recibí la misma respuesta... y así durante algunos meses, hasta que me decidí a llamar a la Policía. Al poco rato, me anunciaron que los dos hombres habían desaparecido y que no tenían la menor noticia de su paradero.

—Es decir, desaparecieron al mismo tiempo.

—Así puede decirse, señor Miller.

Dena quedó en actitud expectante, mientras el joven parecía entregado a sus reflexiones. De pronto, alzó la mano.

—Señora, ¿cuánto tiempo llevaba su hermano al servicio de sir Roderick?

—Oh, unos seis o siete años. Eran de la misma edad y sir Roderick lo empleó porque mi hermano era un contable excepcional.

—Es decir, estaba enterado de los secretos financieros de sir Roderick.

—Supongo que sí.

Miller encendió un cigarrillo, después de que Dena rechazase el ofrecimiento.

—Su visita introduce una nueva perspectiva en el caso, señora —dijo—. Investigaré lo que pueda, aunque no prometo un plazo fijo.

—Realmente, he desesperado de encontrar vivo a mi hermano, Pero, por lo menos, quiero saber lo que sucedió realmente.

Dena se puso en pie y abrió su bolso.

—¿Qué le debo, señor Miller?

El joven alargó una mano.

—Por favor, señora... Basta con que me deje su dirección. Le telefonearé apenas conozca la menor novedad sobre el caso.

—Mil gracias, señor Miller. Por cierto, además de lo que he leído en los periódicos, he venido aquí recomendada por un amigo suyo.

—¿Quién, señora? —preguntó el joven, sorprendido.

—Es un nombre algo largo, muy complicado. Apeli... Apul...

—¡Apolodoro! ,

—Exacto. Aunque yo dudaba, fue él quien me incitó a visitarle.

—El buen Polo —sonrió Miller.

—Un hombre muy simpático, ¿no le parece?

—¿Dónde lo ha conocido usted?

—Oh, ayer... Salía de una tienda, se me cayó un paquete al suelo, él lo recogió, muy galante... Entablamos conversación y salió a relucir el caso de sir Roderick.

De pronto, Dena abrió mucho los ojos, como bajo el impacto de una gran sorpresa.

—Por cierto, ¿cómo sabía Polo que yo tenía un hermano y que trabajaba

para sir Roderick?

Miller no quiso decirle la verdad; ella no le hubiera creído.

—Es un hombre muy bien informado —manifestó.

—Pero a usted no le había dicho nada...

—Es que hace tiempo que no nos vemos —mintió el joven.

—Ya... Muchas gracias, señor Miller.

Dena se marchó y Miller se encaminó hacia el baño. Antes de entrar en la bañera, exclamó en voz alta:

—Polo, Polo, ¿en dónde... infiernos te metes?

Un extraño sonido pareció surgir del pavimento de losas blancas y negras. Era una fuerte carcajada, de alegres matices, no burlones.

—¡Tace! ¿Con quién estás hablando? —sonó de pronto la voz de Bonnie.

Miller se volvió.

—¿Quién, yo?

—Sí —dijo ella, avanzando hacia el joven—. He oído el nombre de un tal Polo...

—Oh, es una exclamación que suelto de cuando en cuando... Perdona, Bonnie; tengo que ducharme.

—He visto a una mujer que salía —dijo la muchacha, apoyándose en la jamba de la puerta del baño, aunque vuelta de espaldas hacia el interior.

—Sí, era la hermana del hombre de confianza de sir Roderick. —Miller abrió los grifos—. Pero ya te lo contaré luego con más detalle.

Media hora más tarde, estaban sentados frente a frente, en la cocina. Bonnie supo bien pronto los motivos de la visita de Dena Hobbs.

—De modo que, además de sir Roderick, desapareció también su hombre de confianza.

—Así es, y ya han pasado diez años desde entonces. Por eso, después de esa visita, se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál, Tace?

—¿Te gustaría volver de nuevo a Skanner Hall?

—Bueno, no tengo nada que hacer...

—Hablaré con la dueña, para que nos dé el oportuno permiso. Sin embargo, antes de ir allí, tengo que hacer una visita. Quiero hablar con Ursula Carslake.

—¿Es imprescindible, Tace?

—Creo que sí.

—Muy bien, tú me avisarás... porque, supongo, no querrás que te acompañe en esa entrevista.

—No te enfades, pero prefiero ir solo. —Miller sonrió—. Bonnie, ¿sabes?, ya tengo ganas de que se acabe todo esto.

—¿Para qué?

—Te lo diré cuando se acabe.

Ella se puso colorada.

—Creo que adivino tus pensamientos —dijo.

—Lo celebro, encanto. ¿Te ha dicho alguien que eres una preciosidad?

—Uf, muchos... Y la mayoría, con las intenciones que puedes adivinar.

—Sí, las adivinó fácilmente —convino él con jovial acento.

* * *

Ursula Carslake era también una preciosidad, aunque ya había pasado de los treinta años. Pero su figura se conservaba como a los dieciocho años y su rostro no parecía haber rebasado esa edad. Los ojos, sin embargo, no podían ocultar la experiencia propia de quien había rebasado ya la treintena.

Ella le recibió en un lujoso salón, amueblado con excelente gusto. Le ofreció de beber, pero Miller declinó cortésmente la invitación.

—Mi esposo me permitió que hablara con usted —dijo Ursula sorprendente—. No tiene nada que ocultar, se lo aseguro.

—¿Su esposo?

—Sí. Se lo dije cuando usted me llamó. Ahora no está en casa; ha salido, debido a sus negocios... También mencionó que usted sospecha de él, como posible autor del asesinato de sir Roderick. Eso es incierto.

—Señora, yo...

Miller se sentía desconcertado. Ursula continuó:

—Mi esposo hizo un viaje de negocios a Panamá, precisamente en las fechas en que desapareció sir Roderick. Eso es algo que está perfectamente comprobado, señor Miller.

Carslake creía que él sospechaba de él, se dijo el joven. «*Excusado non petita, accusatio manifiesta*», recitó para sí el viejo aforismo latino. Aunque, indudablemente, la actitud de Carslake se debía, sin duda, a su antigua enemistad con sir Roderick.

—Siga, señor Miller —invitó la mujer.

El joven reaccionó.

—Perdone la pregunta... Quizá sea un tanto indiscreta...

—Sé lo que va a decirme —sonrió ella—. Sir Roderick pretendió conquistarme.

—Y, según tengo entendido, no lo consiguió.

—En absoluto. Tenía unos modales detestables.

—Era un hombre de genio, creo.

—Espantoso. Ni siquiera se insinuó. Para decirlo con sus propias palabras, me propuso irnos a la cama directamente, con expresiones aún mucho más crudas. Creo que en su vida le han dado una bofetada mayor que la que yo le di aquel día.

—Se enfadaría, supongo.

—Horriblemente. Jamás he oído tal sarta de obscenidades. Soy una mujer apacible, pero aquel energúmeno consiguió hacer que mis nervios saltasen. Además de la bofetada, le di un buen puntapié. En la pierna de carne y hueso, desde luego.

Miller sonrió.

—En resumen, un hombre desagradable.

—Y vengativo.

—¿Se tomó el desquite de su fracaso?

—A mi marido le costó casi cien mil libras.

—¡Caramba! —respingó el joven.

—Laird quería matarlo, pero yo logré persuadirle de que la pérdida de aquella suma no era comparable con una condena de cadena perpetua. Por supuesto, a partir de aquel momento, cesaron todas las relaciones entre nosotros.

—Es lógico. Señora, ¿puede imaginarse, por casualidad, quién asesinó a sir Roderick?

—No. Debo decir que ni siquiera un hombre tan repugnante como él, se merecía una muerte semejante. Pero también añadiré que no es cosa que nadie lamente.

—Ustedes, entonces, supusieron que había desaparecido de Inglaterra, como todo el mundo.

—Sí —admitió Ursula—. Simplemente, creímos que había huido con el botín.

—¿El botín? —repitió Miller.

—Casi un millón de libras. Era el producto de sus rapiñas, legales en apariencia, por supuesto, pero conseguidas al precio de arruinar a mucha gente.

—Pero no se marchó al extranjero.

—Ahora ya es algo indudable, señor Miller.

—Señora Carslake, ¿cómo sabe usted que sir Roderick llegó a reunir esa considerable suma de dinero?

Ursula pareció turbarse ligeramente. Estaba bien instruida en las respuestas que debía dar, pensó el joven.

—Me lo dijo... mi esposo... —contestó ella al cabo.

Miller comprendió que no debía continuar la entrevista. Los Carslake eran, en su opinión, inocentes de la muerte de sir Roderick. Pero, él, naturalmente, debía de estar metido en negocios nada limpios, realizados bajo una fachada de aparente honestidad. Un mundo turbio, repugnante, calificó finalmente en su interior.

—Muchas gracias por su amabilidad, señora —dijo, a la vez que se ponía en pie.

—Señor Miller, ¿siente usted deseos de encontrar al asesino de sir Roderick?

—Hasta cierto punto, señora.

Ursula meneó la cabeza.

—No puedo impedirle que actúe en el sentido que ha manifestado, pero quiero que sepa que ese hombre, a pesar de todo, hizo justicia —dijo rotundamente.

CAPITULO IX

—¿Y por qué quieres ir a Skanner Hall?

Miller trató de dominarse. Edna McDarney no parecía muy animada a concederle el permiso.

—Es horrible —añadió la mujer—. Compré aquella propiedad, creyendo hacer una buena inversión, y lo único que he conseguido es una detestable publicidad.

—Bueno, eso es algo que no se puede evitar —manifestó el joven, a través del teléfono, medio utilizado para hablar con Edna—. Sobre todo, después de lo que ha ocurrido. Estás enterada, supongo.

—Sí, leo los periódicos. Es horrible, Tace, horrible.

—Lo siento, pero la culpa no es mía. Bueno, ¿me das el permiso...?

—Está bien, especie de canalla. Ahora llamaré a Fred Long. Es el guarda y también se cuida de las caballerizas. Lo conoces, supongo.

—Por supuesto. Gracias, Edna... Ah, una pregunta, por favor.

—Sí, encanto, lo que quieras —accedió Edna, tan melosamente, que Miller empezó a sospechar que se había cansado del mancebo de la cara granujienta y que quería reanudar con él la tórrida relación de tiempos pasados—. Soy toda tuya, amorcito.

A Miller se le hizo un nudo en la garganta. «A ver si ahora esta tía quiere...», pensó.

—Por favor, tú compraste Skanner Hall a su dueña, la heredera de sir Roderick —dijo—. ¿Puedes decirme su nombre?

—Claro que sí. Es lady Arabella Sithes-Brown, una dama fuera de toda sospecha.

—¿La conoces personalmente?

—Por supuesto —exclamó Edna, indignada de que el joven pudiera dudar en un punto que para ella era absolutamente diáfano.

—¿Y... cómo es? Quiero decir, si la has tratado... Bueno, entiéndeme, no es que yo me interese personalmente por ella, sino por su parentesco con sir Roderick...

Edna soltó una risita.

—La verdad es que ya tiene nietos —contestó—. Pero se quedó muy decepcionada con el asunto de la herencia.

—¿Por qué?

—Bueno, ella esperaba algo más que Skanner Hall.

—Sir Roderick tenía una inmensa fortuna, creo.

—Tace, la verdad es que lady Arabella tuvo que poner casi dinero de su bolsillo, una vez que consiguió la declaración de muerte oficial de su pariente, para pagar los impuestos de la herencia. Por eso me vendió Skanner Hall, ¿comprendes?

—Entonces —dijo el joven, asombrado—, ¿dónde está la fortuna de sir

Roderick?

—Ah, eso es lo que no se sabe a ciencia cierta —respondió Edna—. Parece ser que él vació las arcas de sus cuentas bancarias antes de ser asesinado. Como sea, lo único cierto es que lady Arabella sólo ganó prácticamente, el dinero que yo le pagué por Skanner Hall.

Miller pensó de inmediato en el millón de libras que Roderick Sharmaine había escondido en alguna parte. Ahora empezaba a ver las cosas un poco más claras, aunque todavía quedaban muchos enigmas por descifrar.

—Gracias, encanto —dijo—. Por favor, no te olvides telefonear a Fred Long.

—Descuida. Llámame en cuanto regreses de Skanner Hall.

—Lo haré —prometió el joven.

Colgó el teléfono y se secó el sudor de la frente con un pañuelo. Por fortuna, Edna se había mostrado solamente amable, sin ahondar en otras insinuaciones. Quizá seguía encaprichada con el campeón de los granos en la cara.

De pronto, llamaron al timbré.

Era Bonnie.

—Hola —saludó la muchacha desenvueltamente—. El conserje me ha dado esto para ti.

Miller contempló el paquete que Bonnie tenía en las manos.

—No tengo admiradores para que me hagan regalos —dijo.

—Será que has comprado algo y te lo envían a casa —apuntó ella.

—No, no he comprado nada... Dame, ahora veremos de qué se trata.

Miller se apoderó del paquete, muy bien envuelto en papel de embalar y completamente liso, con sólo su nombre en una de las caras y sin más indicaciones. A juzgar por el tamaño, podía haber contenido tres o cuatro libros de buenas dimensiones, pero era mucho más ligero de lo que su apariencia indicaba.

Dejándolo sobre una mesa, se dispuso a abrirlo.

—Ah —se volvió de pronto hacia la joven—, ya tengo el permiso para visitar Skanner Hall, con toda libertad.

—Es magnífico —exclamó Bonnie—. Supongo que podré acompañarte.

—Claro, precisamente pensaba proponértelo.

—¿Cuándo?

—Saldremos mañana a primera hora, para llegar sobre las diez de la mañana, si no tienes inconveniente.

—Al contrario, me encanta madrugar. Pero, bueno, ¿abres el paquete...?

—Espera un momento. Edna me ha contado cosas muy interesantes. ¿Sabes?, la heredera de sir Roderick apenas si recibió algo más que Skanner Hall. En los Bancos no quedaban apenas unos cientos de libras.

—¡Sorprendente! —Manifestó Bonnie—. Pero, si era tan rico, dicen...

—Ursula Carslake me dio también preciosos detalles sobre la vida de sir Roderick, un granuja donde los haya habido. El tipo desapareció con un

millón de libras en efectivo. Ese dinero está escondido en alguna parte.

—¿Dónde? —preguntó la muchacha, que no salía de su asombro.

—Ah, eso va a ser lo difícil —contestó Miller—. Sir Roderick abandonó Londres con el dinero, lo escondió en alguna parte... y luego desapareció para siempre.

—Un millón de libras abulta mucho, Tace.

—Si se trata de billetes de mil, no, encanto.

—No suelen ser muy corrientes, me parece.

Miller sonrió.

—A decir verdad, yo sólo he visto uno en toda mi vida —recordó el que le había dado Polo—. Pero, incluso aunque se tratase de mil billetes de a cien... en cien paquetes, pueden caber fácilmente en una maleta.

—No muy pequeña, Tace —objetó ella.

—Desde luego, no sería una valija de ejecutivo. Más bien una maleta de viaje, pero, ¿cuántas personas no van por ahí con un trasto de esa clase? Y algunos hasta han sido capaces de llevar el cuerpo de su esposa en pedazos.

— No seas macabro —le reprobó Bonnie—. Está bien, ¿abres el paquete de una vez, sí o no?

Miller elevó las manos al aire.

—Mujer tenías que ser —clamó—. Oh, la eterna curiosidad del sexo débil.

—Déjate de ironías, hombre —rió la muchacha—. Oye, puede que sea el regalo anónimo de una de tus muchas admiradoras.

—No tengo ninguna, Bonnie, te lo juro.

—¡Hum! Ese juramento queda rechazado, por falso.

El paquete estaba sujeto por medio de un delgado cordel, pero muy resistente, por lo que Miller tuvo que ir a su despacho, en busca de unas tijeras, con las que al fin pudo cortar la cuerda. Luego rasgó el papel y una caja de madera apareció a la vista.

Miller frunció el ceño. De repente, se sintió invadido por una extraña desazón.

Algo se movió en el interior de la caja. Bonnie notó en la espalda un soplo helado.

La caja tenía una tapa, que se sujetaba mediante una presilla dorada, semejante a las de las cajas de habanos. De pronto, Miller descubrió en los laterales sendas filas de agujeritos redondos, de la mitad del tamaño de la uña de su meñique. Por allí salían aquellos extraños ruidos.

Algo se movía en el interior de la caja y no sabía qué era. Pero fuese lo que fuese, estaba vivo.

—¿No abres, Tace? —preguntó la muchacha.

Miller hizo un gesto negativo.

—No —contestó—. La abriré después de que...

De pronto, cargó con la caja y se encaminó al cuarto de baño.

—Bonnie, en mi despacho tengo un pisapapeles de jade simulado, que es un Buda. Tráemelo, por favor —pidió.

—Sí, ahora mismo.

Miller entró en el baño y abrió los grifos. Tapó el desagüe y esperó la llegada de Bonnie, quien apareció a los pocos segundos con el pisapapeles en la mano. Entonces, colocó la caja en el fondo de la bañera y el buda de falso jade encima.

Ello impediría que la caja flotase. Miller dejó que el agua cubriese por completo la caja. Entonces, cerró los grifos.

Cuando la superficie del agua se aquietó, vieron que por los agujeros de la caja salían numerosas burbujas de aire. Bonnie se sentía aterrada.

—Tace, ¿qué «cosa» tan horrible hay ahí dentro?

—Es preciso esperar —contestó él—. ¿Quieres un cigarrillo?

—Sí, siento que lo estoy necesitando.

Pasados algunos minutos, cesó el afluir de burbujas a la superficie. No obstante, Miller decidió esperar todavía más. Aún no se sentía completamente tranquilo.

—Voy a hacer un poco de café —anunció.

—Deja, yo me encargaré —dijo Bonnie.

Casi había transcurrido una hora cuando, al fin, Miller quitó el tapón del desagüe. Dejó que la bañera se vaciase y apartó el pisapapeles. Luego se dispuso a abrir la tapa de la caja, situado al otro lado de la presilla. Bonnie le miraba con los nervios en un estado de tensión límite.

De pronto, sonó un fuerte chasquido.

La tapa, impulsada por un resorte interno, se abrió de golpe. Algo saltó disparado a las alturas, hasta casi metro y medio del fondo de la bañera. Luego cayó con golpe sordo.

Bonnie vio aquella cosa y empezó a chillar histéricamente. Miller la agarró por la cintura y se la llevó de allí. No se molestó en echar whisky en un vaso, sino que le puso directamente en la boca el gollete de la botella.

Ella bebió espasmódicamente, gorgoteando y tosiendo, pero con ansia. Al fin, algo más serena, pero completamente desmadejada, se derrumbó sobre el diván.

* * *

Miller regresó del baño y se sirvió una generosa dosis de escocés, que saboreó a pequeños sorbos. Bonnie parecía ya recuperada.

—¿Tace? —dijo la muchacha.

—Ya no hay motivos de preocupación; la he arrojado por el sumidero. Por supuesto, estaba muerta.

Bonnie cerró los ojos un momento, tratando de alejar de su memoria la imagen del horrible arácnido negro, tan grande como su mano y cubierto de repugnante vello. Nunca había visto una cosa igual y se preguntó cómo se habría sentido de haber visto viva y moviéndose a la araña.

—Pero, ¿cómo...?

—El truco estaba bien ideado —explicó él—. La caja disponía de un falso fondo, con resorte, como los muñecos de broma, sujeto por el mismo procedimiento. Sólo que en ese falso no había un muñeco, sino una tarántula viva.

—Podías haber muerto...

—Esa fue la intención del autor del envío —admitió Miller—. Normalmente, y más en un hombre sano, la picadura de una tarántula tropical no es mortal, aunque sí puede causar graves trastornos. Pero ese mecanismo con muelle estaba ideado para que, al abrir la caja, el animal fuese directamente a mi cara. Ten en cuenta que cuando se abre una caja de esas características, lo normal es estar frente al cierre y no en el lado opuesto, como hice yo.

—Sí, te habría ido a parar a la cara —convino Bonnie.

—La picadura en el rostro es muy diferente que en una pierna, por ejemplo. El veneno llega mucho antes al cerebro.

Ella movió la mano.

—Dame otro trago —pidió.

—Claro —sonrió Miller.

—Tace, parece ser que alguien está disgustado por lo que estás haciendo —dijo Bonnie tras una pausa.

—Indudablemente.

—Sí, pero, ¿quién?

—Está claro: el asesino.

—No quiere que sigas investigando.

—En efecto, ésa es su opinión.

Ella le miró fijamente.

—Pero tú piensas seguir adelante.

—Mañana, a las siete en punto, me pondré en camino hacia Skanner Hall —aseguró él rotundamente.

—Iré contigo, Tace.

—Puedes quedarte, si lo deseas. No te lo reprocharé.

—No me quedaré —dijo Bonnie con voz firme.

—Mujer valerosa —alabó él—. ¿Quieres cenar conmigo?

—No sé si tendré apetito...

—Sí, lo tendrás. ¿Vamos?

Bonnie se levantó. Cuando se disponía a salir, sonó el teléfono.

CAPITULO X

Era Dena Hobbs. Al oír su nombre, Miller se aplacó en el acto, ya que había llegado a insultar mentalmente a la persona que le llamaba.

—Mucho gusto de escucharla, señora Hobbs —dijo—. ¿Puedo servirle en algo?

—Quizá sea al contrario, señor Miller —manifestó la mujer—. Aunque también es posible que usted lo considere como una tontería...

—En absoluto —respondió Miller, armándose de paciencia—. Hable sin temor, se lo ruego.

—Bien, lo que voy a decirle se refiere a sir Roderick y a su pierna ortopédica.

—Según tengo entendido, la Policía pudo identificarla, gracias al artesano que la construyó, un ortopédico llamado Edward Barry.

—Exacto. Es un hombre que trabaja sólo por encargo; no tiene una tienda montada como los demás, en grande, quiero decir. Pero está muy acreditado.

—Me lo imagino, señora.

—Bueno, el caso es que Edward... quiero decir, el señor Barry y yo nos conocemos desde hace muchos años. El... me pretende y... Bien, esto no tiene demasiada importancia, a no ser por el hecho de que hay mucha confianza entre ambos. El señor Barry me habló de la pierna ortopédica de sir Roderick que, en efecto, él construyó, pero también añadió algo que había olvidado decir a la Policía. El señor Barry piensa que no tiene importancia, pero yo opino lo contrario.

—Perfectamente, señora; diga lo que sea.

—Muy bien, señor Miller. El caso es que un par de meses antes de la desaparición de mi hermano, y de sir Roderick también, como usted sabe, éste llamó a Edward... el señor Barry, para encargarle otra pierna idéntica, ya que la que usaba le funcionaba defectuosamente. Puesto que el señor Barry conservaba en su archivo de clientes los diseños y las medidas, hizo la pierna ortopédica y la envió por un mandadero a casa de sir Roderick. Pasó la factura por correo, se la abonaron y... eso es todo.

No era un detalle de importancia, pensó Miller, pero no quería desilusionar a Dena.

—Ha sido usted muy amable, se lo agradezco infinito, señora Hobbs —dijo cálidamente.

—Pensé que era mi deber contárselo —manifestó la mujer.

—Sí. Gracias de nuevo. Si llego a averiguar algo sobre su hermano, me pondré en contacto con usted inmediatamente. Adiós, señora Hobbs.

Dejó el teléfono y agarró el brazo de la muchacha.

—¿Quién es esa admiradora, Tace? —preguntó Bonnie maliciosamente.

—Tiene cuarenta y cinco años por lo menos y ha puesto sus ojos en otro individuo, un artista que fabrica miembros artificiales.

—Ah...

Miller abrió la puerta.

—El mismo que construyó una pierna ortopédica para sir Roderick —añadió—. Dos, mejor dicho. ¿Te he contado que Dena Hobbs era hermana del hombre de confianza de sir Roderick?

—Sí, algo he oído al respecto.

—Alguien asesinó a los dos, estoy seguro de ello —dijo el joven, meneando la cabeza—. Sólo que con Hobbs no tenía motivos especiales de venganza; sólo le interesaba cerrar una boca comprometedora. En cambio, a sir Roderick lo hizo morir de hambre y de sed.

Apretó el botón de llamada del ascensor y se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—Voy a evitar que a nosotros nos suceda hoy algo semejante —añadió.

—¿Cómo, Tace?

—Encargando una opípara cena —contestó él alegremente.

* * *

—Sí, la señora McDarney me avisó de la llegada de ustedes dos —declaró el guarda de la propiedad—. ¿Les ensillo los caballos o prefieren asearse antes? Mi esposa les atendería en la casa, si lo consideran necesario.

Miller se volvió hacia la muchacha.

—¿Bonnie?

—Creo que me gustaría tomar antes una taza de té —respondió ella.

—Perfectamente. Tengan la bondad de seguirme —dijo Long.

Aún no habían dado las diez de la mañana. La señora Long les sirvió té y algunas pastas, que les encontraron notablemente. Cuando terminaron volvieron a las cuadras.

Los caballos estaban ya ensillados. Long, servicial, ayudó a montar a la muchacha. Luego, Miller y Bonnie partieron al trote corto.

—Hay una cosa que quería preguntarte, pero no sé si lo considerarás una indiscreción —dijo ella pasados algunos minutos.

—¿Qué es, Bonnie?

—Tu nombre. Nunca había oído el de Tace.

—Es un apócope de Eustace, un nombre infame, y así lo arregla un poco. Caprichos del abuelo Miller, ¿comprendes?

Bonnie se echó a reír.

—Estamos casi iguales —dijo.

—¿Cómo?

—Yo tampoco me llamo Bonnie. Es un apodo familiar.

—Vaya, qué sorpresa. Y, ¿cuál es tu verdadero nombre? Si no tienes reparo en decírmelo, por supuesto.

—Aprieta bien las piernas y agárrate a la silla. Tace. Me llamo Iggartha.

—¡Iggartha! —resopló él.

—Sí. Creo que es de origen gales, pero no me hagas demasiado caso. No es bonito, ¿verdad?

Miller hizo una mueca.

—Hombre, según se mire... Pero prefiero llamarte Bonnie.

—Gracias, Tace. Eres un encanto.

—Lo mismo digo —sonrió él.

Continuaron el paseo. Miller llevaba pendiente del hombro una bolsa de lona, que contenía, entre otras cosas, una pequeña pala de campaña. Quizá encontrarían algún rastro que les permitiera dar con el millón de libras escondido en alguna parte.

Una hora después, avistaron la sombría mole de Devil's Stone. Los dos salientes superiores, recortándose contra el fondo del cielo. Hacia el sur brillante iluminado por un sol ya cercano al mediodía, parecían, efectivamente, los cuernos de un demonio.

—¿Llevará Polo también cuernos cuando esté «allá abajo»? —musitó.

—¿Decías...?

Miller sacudió la cabeza.

—Nada, no me hagas caso. A propósito, hablé anoche con el conserje de mi casa. El paquete fue entregado por el mandadero de una agencia. Es inútil seguir una pista para dar con el remitente, Bonnie.

—Podría encontrarse en el sitio donde le vendieron la tarántula —sugirió ella—. Hay tiendas de animales en donde te venden toda clase de bichos, por exóticos que sean.

—Pues mira, no se me había ocurrido —dijo él—. Lo haremos a la vuelta. ¿Te parece bien?

—De acuerdo.

Unos minutos más tarde, detenían los caballos. Miller los ató a un árbol y, con la bolsa al hombro, avanzó lentamente hacia el monolito.

Al llegar a unos diez metros, empezó a rodearlo, examinando con infinita atención cada detalle de su base. Tenía la seguridad de que el millón de libras estaba allí. Sir Roderick lo había escondido, antes de ser emparedado.

De pronto, el suelo se hundió ligeramente bajo su pie derecho. Vaciló y acabó por caer, aunque pudo parar el golpe con las dos manos.

Bonnie corrió hacia él.

— ¡Tace! ¿Te has hecho daño? —gritó.

El joven hizo un gesto negativo, mientras se limpiaba maquinalmente las ropas.

—No. Simplemente, el suelo se ha hundido...

De pronto se calló.

Tenía la vista fija en el suelo, en el punto donde había cedido, provocando así un hueco de, aproximadamente, un metro de largo, por treinta centímetros de ancho.

Al cabo de unos segundos, elevó la vista. El enorme monolito sé alzaba sobre ellos, sombrío, ominoso, amenazando desplomarse en cualquier

momento.

Luego volvió la mirada al hueco. Bonnie le observaba en silencio, sin atreverse a interrumpir sus reflexiones.

Bruscamente, Miller se arrodilló y sacó de la bolsa la pala de campaña. Inmediatamente empezó a cavar en el suelo.

La tierra herbosa voló a un lado. A los pocos momentos, se oyó el ruido de la pala al tocar algo que parecía metal.

Miller aceleró su trabajo. Un minuto después, ponía al descubierto una caja de metal, completamente oxidada, y de una longitud aproximadamente igual a la del hueco.

La tapa de la caja, corroída por la herrumbre, había cedido bajo el peso del joven, y ello era lo que había provocado el hundimiento de aquel trozo de suelo. Miller llevaba guantes y se esforzó por desgarrar el metal, apenas más fuerte que el de las latas de conservas, cosa que consiguió muy pronto.

Una exclamación de asombro brotó de sus labios al ver lo que había en el interior de la caja. Bonnie se tapó la boca con la mano.

—Es fantástico —dijo el joven, decepcionado y asombrado a un tiempo.

Había esperado encontrar allí un montón de billetes, y lo único que tenía a la vista eran los huesos de una pierna humana.

—No lo entiendo, no lo entiendo —murmuró.

—Ha... habrá que avisar a la Policía —sugirió Bonnie.

Miller se irguió.

—Por supuesto —contestó.

Súbitamente, Bonnie le agarró por un brazo.

—Tace... —dijo con voz temblorosa.

—¿Qué te ocurre?

—He... Creo que he oído un grito...

—¿Un grito? Vamos, Bonnie, estás muy nerviosa.

—No, te juro que es cierto. Lo he oído... ¡Escucha!

Miller aguzó el oído.

Sí, en alguna parte, había una persona que parecía estar necesitada de socorro.

Bonnie se le abrazó, llena de pánico. Aquel grito parecía brotar del interior del monolito.

Era un lamento de tonos quejumbrosos, alargados, la voz de alguien que sufría horriblemente, una queja macabra, la llamada de una persona que se sentía próxima a morir de la manera más espantosa nunca conocida.

Los ojos de Miller fueron hacia la roca. ¿Qué había allá adentro?

* * *

Al cabo de unos segundos, reaccionó y se soltó de la muchacha. Dominando sus aprensiones, se acercó al monolito y empezó a golpearlo con las palmas de las manos. ¿Había en su interior algún hueco, desconocido hasta

entonces para la mayoría de las personas?

Bonnie le seguía, literalmente pegada a él, no osando separarse de su lado. Junto a Miller se sentía protegida contra el horror infinito que se desprendía de Devil´s Stone.

De pronto, Miller se encontró en un sitio que ya conocía. Y lo que vio le hizo dudar de la normalidad de sus sentidos.

—¡Dios santo! Alguien ha levantado de nuevo la pared de piedra.

Sí, el muro de rocas había sido construido otra vez, aunque ahora se advertía claramente que el cemento que servía para la ligazón de los elementos que componían la pared, era mucho más reciente que la defectuosa argamasa que él había deshecho unas semanas antes sólo con las manos.

En algunos lugares, se advertían pequeños intersticios entre las piedras, quizá defecto de un poco hábil artesano o tal vez dejados deliberadamente a fin de que la víctima que se hallaba al otro lado no muriese por asfixia, en pocos minutos, sino al cabo de muchos días de una larga y horrenda agonía.

Los gritos, era indudable, habían salido de aquel lugar, pero ya no se habían vuelto a escuchar. La indecisión de Miller duró bien poco, sin embargo.

Con la pala, atacó en primer lugar una hilera de piedras situadas a la altura de su rostro. Recobrada de sus miedos, Bonnie buscó una piedra afilada y se puso a su lado para ayudarle.

Un cuarto de hora más tarde, había conseguido quitar un pedrusco tan grande como su tamaño. Al otro lado del muro entrevió la cabeza de una mujer, pero, caída hacia adelante, sin duda debido a la inconsciencia, no podía verle la cara, cubierta por su frondosa cabellera.

Sin embargo, aquella mujer había gritado unos minutos antes. Hacía menos de media hora, aún estaba viva. Espoleado por tales reflexiones, Miller aceleró sus esfuerzos.

Al fin, consiguió abrir un hueco suficiente para poner ambas manos.

—¡Apártate, Bonnie! —ordenó.

La muchacha obedeció en el acto. Miller introdujo la pala por el hueco y la puso en posición horizontal, atravesada. Luego la agarró con ambas manos y tiró con fuerza hacia sí.

Se oyó un fuerte crujido. Bonnie vio una vena resaltar en la frente del joven, que no cedía en sus intentos. Sonó otro crujido.

—¡Cuidado, Tace! —gritó ella.

Miller tuvo tiempo de saltar hacia atrás, para evitar que los cascotes le cayeran sobre las piernas. La mayor parte de la pared se derrumbó sin demasiado estruendo, y entonces pudieron ver a la mujer, encadenada a la roca, tal como habían encontrado al esqueleto, pero sin dar señales de vida en aquellos momentos.

Miller pasó al interior del in pace y, con gran suavidad puso la mano bajo la barbilla de la mujer, a fin de levantarle la cabeza. Apenas lo hubo hecho, lanzó una tremenda exclamación:

—¡Dios mío! ¡Es Ceres Willard!

—¿La conoces? —preguntó Bonnie, no menos sorprendida que el joven.

Para Miller resultaba algo absolutamente inexplicable la presencia de su antigua conocida en aquel lugar, y menos en aquella terrible situación. Ceres vestía un traje hecho jirones, con el hombro izquierdo rasgado, y ofrecía un aspecto deplorable.

Bonnie le puso una mano en el pecho.

—¡Vive, Tace! —dijo a los pocos segundos.

El joven asintió.

—Ahora —murmuró—, lo difícil será romper las cadenas que la sujetan, puesto que no dispongo de las herramientas apropiadas.

De pronto, se fijó en las anillas de hierro a las que se sujetaban las cadenas que rodeaban el cuerpo de Ceres. Eran dos, muy grandes, y completamente cubiertas de herrumbre. Aquella visión le dio una idea y, sin perder tiempo, introdujo el mango de la pala por una de las anillas. En aquellos instantes, se había olvidado por completo del millón de libras que había en alguna parte.

Se oyó un chasquido. La primera anilla había saltado. Su firmeza era ya muy escasa, aunque sí suficiente para mantener allí a una persona de no demasiadas fuerzas, como era la artista de strip-tease.

La segunda anilla costó un poco más, aunque también acabó por salir de su alvéolo. Bonnie tuvo que esforzarse por evitar que Ceres cayera al suelo.

Antes de salir, Miller puso una mano en el rostro de Ceres, que ya había perdido la frialdad observada en los primeros momentos. La respiración era normal, aunque no daba señales de recobrar el conocimiento.

—Tace, ayúdame....

El joven tiró la pala y cargó con el inerte cuerpo de su amiga.

—La llevaremos a Skanner Hall —dijo —Vive todavía, pero es indudable que necesita de los servicios de un médico.

—¿Sobrevivirá?

Miller hizo un cálculo de fechas, a partir del día en que se enteró que Ceres había desaparecido de Londres. Ceres era una mujer muy atractiva, esbelta , pero no un saco de huesos precisamente. Todo lo más , se dijo, podía llevar allí como máximo, tres días , sin comer ni beber, lo cual no era para matar a una persona sana, aunque sí podía producirle graves trastornos, especialmente psíquicos.

Ceres continuaba desvanecida y era lógico.

—Sobrevivirá —aseguró rotundamente.

CAPITULO XI

Long, el mozo de cuadra, se sorprendió enormemente al verles llegar con una mujer que todavía continuaba sin sentido. Miller apreció que el hombre se había puesto unas enormes gafas de sol, aunque no concedió la menor importancia al detalle. Hacía un día radiante, sin una sola nube, y él también debería haberse puesto sus gafas de sol, pensó. Para un hombre como Long, que se pasaba la mayor parte del día trabajando al aire libre, era un adminículo poco menos que imprescindible.

— Esta mujer es amiga mía —dijo el joven —. La hemos encontrado...en mala situación y voy a llevarla a un dormitorio. Necesita cuidados médicos.

—Sí, señor, desde luego —respondió Long —. Permítanme, yo me ocuparé de los caballos...

Con Ceres en brazos, Miller se movió rápidamente hacia la casa, seguido por la muchacha. Inmediatamente, buscó la escalera que conducía al primer piso.

Bonnie corrió hacia la cocina. A los pocos momentos, llegó al dormitorio en donde Miller había transportado a Ceres.

—La señora Long no está —dijo.

—Habrá ido al pueblo —supuso él.

Buscó una manta y cubrió el cuerpo de Ceres. Tomó su muñeca izquierda y pronto supo que el corazón de la joven latía regularmente.

—Bonnie, prepárale una bebida caliente, mientras yo llamo a Kerrin para que venga un médico —dijo.

—Sí, ahora mismo, Tace.

Antes de salir, Miller puso una mano en el rostro de Ceres, que ya había perdido la frialdad observada en los primeros momentos. La respiración era normal, aunque no daba señales de recobrar el conocimiento.

—Sólo con que haya pasado unas pocas horas en aquella sepultura, y ha estado al menos dos días largos, ha debido de sufrir un shock espantoso —calculó.

Corrieron a la planta baja. Mientras Bonnie se encaminaba hacia la cocina, él cruzaba el enorme vestíbulo en dirección al despacho-biblioteca, en donde sabía estaba el teléfono. Cuando iba a abrir la puerta, oyó el ruido de la de entrada y volvió la cabeza.

Era Long.

—Ah, Fred —exclamó—, Hemos estado buscando a su esposa...

—Ha tenido que salir, señor —contestó el hombre.

—Muy bien, no se preocupe. ¿Quería algo?

—Oh, no... Al contrario, yo deseaba preguntárselo a usted.

—Por ahora, no necesitamos nada, gracias, Fred. La señorita Lawton se encargará de preparar algo caliente para la mujer que está arriba.

—Bien, señor.

Long se retiró. Miller entró en el despacho y levantó el teléfono.

Marcó un número, pero nadie contestó a su llamada. Después de insistir varias veces más, dejó el aparato nuevamente sobre su horquilla y se encaminó hacia la cocina.

—Estoy terminando —le informó la muchacha, junto al fogón.

—No he podido hablar con Kerrin —dijo él—. Esperaré unos minutos; quizá Ceres se despierte por sí sola y entonces nos contará lo que le ha sucedido. Después, a pesar de todo, iré al pueblo en el coche.

—Tace, ¿de qué conocías tú a esa mujer? —preguntó Bonnie, llena de curiosidad, ya que, hasta entonces, Miller no le había mencionado nada sobre Ceres.

—En realidad, se llama Charlotte Williams y es artista de strip-tease en un local denominado Black Castle. Pero yo la había conocido antes de que se dedicase a esa profesión, cuando aún no se hacía llamar Ceres Willard.

—Debes de ser todo un conquistador —sonrió Bonnie—. ¿Por qué la emparedaron?

—Ella nos lo dirá cuando despierte. Precisamente, fui a verla, por indicación de Claire Raidler. Y ella, a su vez, fue la que me aconsejó visitara a Hazel Mallory. Claire tenía una cuarta parte del Black Castle, lo mismo que Mallory.

—Sí que es una sorpresa, Tace.

—Lo es. Ceres debía de saber muchas cosas de las que me dijo, o no se explicaría en absoluto lo que le ha sucedido, después de su repentina marcha de Londres.

—Convendría que le añadieses unas gotas de coñac. Yo te lo buscaré, Bonnie.

Un minuto después, Bonnie emprendía nuevamente el camino hacia el primer piso, mientras Miller regresaba a la biblioteca. Levantó el teléfono y fue a marcar el número de la central de Kerrin, pero entonces se dio cuenta de que echaba en falta algo.

El teléfono no daba tono.

Insistió. De pronto comprendió algo que le hizo sentirse muy preocupado. Un nuevo intento le convenció de que sus sospechas se habían hecho realidad.

Entonces, sin perder tiempo, corrió al primer piso. Bonnie, inclinada sobre Ceres, se esforzaba por hacer pasar algo de líquido a través de sus labios.

—La línea telefónica está cortada —exclamó.

* * *

Sobrevino un momento de silencio. Bonnie se irguió, con la taza en las manos, mirándole fijamente.

—¿Seguro, Tace?

—No hay duda, Bonnie.

—Quizá se trata de un error... La compra es reciente y aún pueden fallar

algunos servicios.

—Es posible. Bien, voy a Kerrin en el coche. ¿Cómo sigue Ceres?

—Pareció que iba a decir algo, después de las primeras cucharadas de café, pero luego ha vuelto a la inconsciencia. Tal vez se ha dormido profundamente —apuntó la muchacha.

— Podría ser, en efecto. Bien, sigue con ella. Cuando se haya tomado todo el café, busca colonia y frótale las sienes. A lo mejor encuentras también un frasco de sales. En último caso, un poco de agua fría puede ser suficiente.

—Sí, Tace.

Miller se encaminó de nuevo hacia la escalera, que bajó a saltos. Salió fuera y se sentó tras el volante de su coche.

Hizo girar la llave de contacto. El motor no arrancó.

Frunció el ceño. Su coche, aunque no nuevo, se encontraba en perfectas condiciones. Precisamente, pocos días antes, le había hecho una puesta a punto del motor. Pero ni siquiera se encendían las luces del tablero.

Salió fuera y levantó la tapa del motor. Una exclamación de asombro brotó de sus labios.

Alguien había arrancado los cuatro cables de las bujías, dejando el coche completamente inservible. Lleno de aprensiones, miró a derecha e izquierda.

Estaba solo y no se percibía el menor sonido. Por primera vez, sintió miedo.

Lentamente, retrocedió hacia la casa, caminando de espaldas, de tal modo que tropezó con el primer escalón de la entrada y estuvo a punto de caer al suelo. Rehaciéndose, corrió al interior, subió los escalones de cuatro en cuatro y llegó en pocos segundos al dormitorio.

—¡Bonnie!

La muchacha se volvió, sonriendo, sin darse cuenta en el primer instante de la agitación que se reflejaba en el rostro de Miller.

—Tace, ha hablado —exclamó—. Ha dicho: «El, es él..:» Luego ha añadido algunas palabras más, pero no he entendido...

De súbito, Bonnie advirtió la grave expresión del joven.

—¿Qué ocurre, Tace?

—La línea del teléfono está cortada y alguien ha arrancado los cables de las bujías.

Ella palideció instantáneamente.

—El asesino está aquí —adivinó.

Miller asintió.

—No cabe la menor duda.

—Pero, ¿quién...?

Antes de que el joven pudiera contestar, se oyó un sordo golpe que procedía de un lugar relativamente cercano al dormitorio. Bonnie, llena de pánico, corrió hacia Miller y se colgó de su cuello.

* * *

El golpe se repitió varias veces. Miller pudo captar sin dificultad el temblor que sacudía el cuerpo de la muchacha. Bonnie estaba aterrada.

—Quédate aquí —dijo—. Voy a investigar...

—¡No, no me dejes sola! —Clamó Bonnie—. Estoy muerta de miedo.

—Dejaré la puerta abierta. Si ves algo, chilla.

Sobre una consola, había un gran jarrón y se lo entregó.

—Puede hacer daño —dijo.

Los golpes se repetían a intervalos regulares. Al salir al pasillo, Miller los oyó con mayor claridad todavía, siguiendo la dirección del sonido, llegó ante la puerta de otro de los dormitorios y la abrió de golpe.

Un sorprendente espectáculo se ofreció a su vista. Había una mujer, atada y amordazada, tendida sobre la cama. El hombre, en idénticas condiciones, estaba en el suelo.

Miller corrió hacia él y le quitó la mordaza.

—¡Señor Long! —exclamó, pasmado.

—Nos atacó un hombre... No le conozco —declaró el guarda—. Nunca le había visto, pero nos amenazó con una pistola a mi mujer y a mí, y nos hizo tomar una pócima. Creo que era un narcótico... Cuando nos despertamos, estábamos ya atados y amordazados...

Miller observó que el hombre estaba en paños menores. La certidumbre de haber sido engañados, al menos desde su regreso de Devil's Stone, se infiltró en su mente.

Desató a Long y fue hacia la cama. La mujer se sentó en el lecho poco después.

—He pasado un miedo espantoso —confesó Betty Long.

—Se comprende —dijo Miller.

Las ropas del guarda estaban en poder del hombre que había tomado su puesto, muy parecido a él en la figura. En cuanto a las grandes gafas de sol habían sido suficientes para alterar su fisonomía y evitarle no advertir el engaño.

También comprendía el corte de la línea telefónica y la ausencia de los cables eléctricos de su coche. El asesino, ya no cabía la menor duda, estaba en la casa.

Los Long habían sido llevados al piso superior, ya que el asesino había calculado que los visitantes no pasarían de la planta baja. Pero el inesperado hallazgo de Ceres Willard había trastocado sus planes en buena medida. Por ello había inutilizado el teléfono y el automóvil, para evitar que pidieran ayuda a Kerrin, situado a unas cinco millas de distancia.

Empezó a pensar. El falso mozo de cuadra, vestido con las ropas del auténtico, era el asesino. Un hombre de unos sesenta años, de mediana estatura y movimientos más bien tardos.

Había encontrado los huesos de una pierna. En el fémur, lo recordaba muy bien, faltaba un buen trozo de la parte superior.

Alguien había amputado la pierna, casi a ras de la cabeza, alguien había encargado, muchos años antes, una segunda pierna ortopédica. Dick Hobbs, de la misma edad que sir Roderick, había desaparecido aproximadamente en las mismas fechas.

—No sé quién puede ser ese hombre —dijo de pronto la señora Long—. Me pareció que cojeaba un poco...

En aquel instante, Miller adquirió la absoluta certidumbre de que la muerte de sir Roderick no había sido sino un engaño destinado a ocultar sus delitos financieros. Pero antes de que pudiera decir una sola palabra, oyó la voz de Bonnie:

—Tace.

El joven se volvió. Betty lanzó un grito de espanto.

Bonnie estaba en el umbral, sosteniendo a Ceres por la cintura. Ceres estaba aún muy débil; pero había recobrado el conocimiento.

Detrás de las dos mujeres, había un hombre, vestido con las ropas de Long, en cuya mano derecha se veía el brillo metálico de una pistola.

—Sir Roderick —exclamó Miller.

—Exactamente—confirmó el aludido.

CAPITULO XII

Betty corrió en ayuda de Ceres y entre las dos mujeres, la llevaron a la cama. Long estaba en un rincón, con las manos en alto.

—Una segunda pierna artificial —dijo el joven.

—Sí —admitió Sharmaine, sin pestañear—. Era posible que encontrasen a Hobbs algún día.

—Entonces, el esqueleto que encontramos en Devil's Stone era el de su secretario y no el suyo —exclamó Bonnie.

—Justamente, señorita. Tenía que desaparecer; eran unos momentos muy críticos para mí.

—Y durante todos estos años, ha fingido su muerte...

—Llegué a pensar que encontrarían el *in pace* mucho antes, lo cual me hubiera beneficiado enormemente. Pero no, tuvieron que pasar nada menos que diez años, antes de que unos excursionistas curiosos metieran las narices en la tumba de Hobbs. Eso me declaró definitivamente muerto y entonces pude subir a la superficie —declaró Sharmaine con toda desenvoltura.

Bonnie le miró horrorizada. Le parecía un monstruo de maldad.

—Le cortó la pierna al pobre Hobbs...

—Pero después de muerto, señorita —puntualizó el asesino—. ¿Saben?, en mi juventud estudié medicina. Casi llegué a obtener el título. Pero vino la maldita guerra y, en un vuelo, un casco de metralla me destrozó el muslo. Estuve a punto de morir antes de aterrizar, aunque, por fortuna, pude salvar el pellejo, aunque, claro está, a costa de la pierna izquierda.

—Y esos conocimientos de medicina son los que le permitieron decapitar limpiamente a Hazel Mallory —dijo Miller.

—Sí.

—A Claire Raidler la mató de la manera más sádica que uno pueda imaginar.

—Fue muy divertido —rió el asesino—. Claro que yo no suponía que el expreso de Edimburgo iba a pasar tan oportunamente, pero ello aumentó más todavía la diversión, ¿no les parece?

—Fue muy divertido —rió el asesino—. Claro que yo.

—A Mallory le preparó un baño con ácido.

—Oh, se había vuelto insoportable en los últimos tiempos. El mismo fue quien me pidió que eliminase a su esposa. Hazel quería volver a su lado. Le complací, claro.

—Entonces, él sabía...

—Sí. Llegó a adivinar que Hobbs había ocupado mi puesto, mucho antes de que ustedes descubrieran sus restos, y trató de meter mano al dinero que yo tengo guardado. Durante una temporada, le di largas... hasta que, al fin, ustedes encontraron al pobre Hobbs. Claire lo adivinó también y se dio cuenta de quién era en realidad el sirviente de Mallory.

—Había que cerrar unas bocas que podían comprometerle —adivinó el joven.

—No tenía otro remedio.

—Dígame, ¿por qué emparedó a Ceres?

Sharmaine lanzó una mirada de desprecio hacia la artista, que yacía silenciosa en el lecho.

—Era como todos los demás: codiciosa, charlatana... Nos habíamos conocido diez años antes. Mallory, por su participación en el Black Castle, se fue de la lengua, un día en que había tomado unas copas de más. Ceres trató de extorsionarme. Yo le dije que viniera a reunirse conmigo en Skanner Hall.

—Y se la llevó a Devil's Stone.

—Esta vez, el emparedamiento iba a ser auténtico. Lástima que ustedes hayan llegado tan intempestivamente —dijo Sharmaine, con aire de decepción.

Bonnie dio un paso hacia adelante.

—Dígame una cosa, sir Roderick, ¿Quería que muriese el señor Miller?

—Fue una buena broma, ¿verdad? —Rió el asesino—. Al menos, pensaba meterle el miedo en el cuerpo, aunque ya veo que se trata de un joven valeroso. De todos modos, eso no va a servirle de mucho.

—Piensa matarnos a todos, ¿eh? —dijo Miller.

—Sí —contestó Sharmaine sin pestañear—. Tengo abajo un par de latas con gasolina. Ahora, les dejaré encerrados aquí,

—Y luego se irá a buscar el dinero, para escapar por fin de Inglaterra.

—No me queda otro remedio. Me gusta este país, pero las cosas se han puesto ya demasiado calientes.

Sharmaine retrocedió un paso, sin dejar de apuntarles con la pistola.

—No se muevan —ordenó amenazadoramente.

—Espere —pidió el joven—. Quiero saber todavía una cosa, sir Roderick.

—¿De qué se trata?

—¿Cortó la pierna de Hobbs... antes de que muriese?

Sharmaine se echó a reír,

—No, hombre, ya estaba muerto —respondió—. La verdad, han sido unos años deliciosos, viviendo bajo el nombre de Henry Smith. Ahora tendré que buscar otro nombre, aunque no me costará demasiado, con el millón de libras que me aguarda en... bueno, eso no les importa a ustedes. ¡Adiós, hasta el infierno! —se despidió bruscamente.

* * *

Miller corrió hacia la puerta y forcejeó con el picaporte, pero todo fue inútil. Era una casa antigua, construida sólidamente hasta en los menores detalles.

Abajo, de repente, se oyó una sorda explosión.

—¡Ya ha incendiado la gasolina! —exclamó Bonnie, aterrada.

—No perdamos la cabeza —aconsejó Miller sensatamente—. Todavía estamos vivos.

—Las ventanas son muy altas, señor —dijo Long.

Miller frunció el ceño. Todavía no se percibía olor a quemado. Y aún seguían vivos, se dijo,

Con paso rápido, cruzó la estancia y abrió la ventana. De repente, vio a un hombre que escapaba a todo galope, montado en un caballo.

—Yo creía que un mutilado como él no podría montar... —dijo el joven, recordando la frase que Long había pronunciado delante de él en cierta ocasión.

—Utiliza una silla de amazona, señor —le indicó el mozo de cuadra—. Su pierna derecha está sana y ello le permite sujetarse bien al cuerno lateral.

—Tipo listo —masculló el joven. Sacó medio cuerpo fuera y vio que la distancia al suelo era, efectivamente, demasiada. Pero no podían quedarse allí, para perecer abrasados. Había que hacer algo antes de que fuese tarde.

Olor a humo se infiltró repentinamente por debajo de la puerta. Desesperado, Miller miró en todas direcciones.

De pronto, Betty lanzó un grito:

—¡El cuarto de baño! ¡Se comunica con el de la otra habitación!

Miller corrió en aquella dirección: La puerta era mucho más liviana y la hizo saltar de un tremendo puntapié.

—¡Vamos, fuera todos! Fred, corra, suelte los caballos antes de que el fuego se propague a las cuadras, pero déjeme uno.

—Sí, señor.

Miller volvió junto a la cama y levantó un peso a Ceres.

—Estás salvada, no temas —dijo.

Bonnie y Betty corrían ya hacia aquella inesperada vía de escape, en la que el asesino, quizá con las prisas del momento, no había pensado. Miller abandonó el dormitorio con Ceres en brazos.

El fuego se extendía con enorme rapidez. La señora Long les guió hacia una escalera de servicio, situada al final del corredor, lo que les permitió salir al exterior sin sufrir el menor daño. Una vez fuera, Miller dejó a Ceres en manos de las otras dos mujeres.

—Su caballo, señor —dijo Long.

—Tace, ten cuidado —gritó la muchacha—. Tiene un arma.

—Lo sé —contestó Miller, ya con un pie en el estribo.. Procuraré llegar sin ser visto... y también hay buenas piedras por los alrededores.

Apenas estuvo en la silla, taloneó al animal, que salió a escape. Bonnie miró a su alrededor.

A treinta pasos, divisó un caballo suelto. Corrió hacia el cuadrúpedo y lo montó ágilmente, sin importarle la falta de silla. Inmediatamente, se lanzó tras las huellas de Miller.

El joven galopaba frenéticamente. Sharmaine les llevaba una ventaja de casi diez minutos. De todos modos, pensó, aunque llegase demasiado tarde, el

asesino ya no podría escapar del país.

La historia causaría conmoción. Sir Roderick había sido un personaje notable en tiempos. La noticia de su «resurrección» resultaría un tremendo impacto en la opinión pública.

Media hora después, avistó el monolito. No tardó en divisar el caballo de Sharmaine.

Miller detuvo el suyo y saltó al suelo. En aquel momento, oyó ruido de cascos de caballo detrás de él y volvió la cabeza.

—¡Bonnie! ¿Te has vuelto loca?

La muchacha se apeó de un salto.

—Si es preciso, yo también sé tirar piedras —exclamó resueltamente.

Se inclinó, recogió un pedrusco tan grueso como un puño humano y le miró resueltamente.

—Vamos —dijo.

Miller sonrió.

—Creo que tendré que darte un empleo —dijo—. Nos acercaremos sin hacer ruido —añadió.

Mientras caminaban, ella quiso saber por qué sir Roderick había esperado tanto tiempo para recobrar el dinero estafado.

—Bueno, él lo ha dicho sobradamente claro —contestó el joven—. Además, es posible que viniese aquí periódicamente, para recoger ciertas cantidades de dinero que le permitiesen vivir sin agobios. Estaba seguro de que un día se encontrarían los restos de alguien que podía pasar por él, y eso le hacía sentirse absolutamente tranquilo.

—Y cuando se descubrieron los restos, alguien, tal vez, adivinó la verdad.

—Sí, y todos los que lo sabían, murieron. Con la afortunada excepción de Ceres. Espero que esto le sirva de lección para lo sucesivo —murmuró Miller, pensando, defraudado, en el engañó de que ella le había hecho objeto. Pero habiendo un millón de libras de por medio, no se le podía reprochar excesivamente.

De pronto, vieron a sir Roderick, cavando a pocos pasos del monolito.

—Quieta —susurró el joven—. Mira, yo daré un rodeo y me acercaré por el otro lado. Entonces, lanzas un fuerte grito para llamar su atención y escapas a todo correr, ¿entendido?

—Tú le lanzarás una piedra...

—Exactamente.

Miller dio un paso, pero no pudo continuar.

Sir Roderick se había erguido, con una pesada maleta en las manos. En el mismo instante, se oyó un aterrador crujido.

Miller, impresionado, retrocedió. Bonnie tenía los ojos desorbitados, viendo el lento oscilar del colosal monolito, que empezaba a derrumbarse, justamente en la dirección en que se hallaba el asesino.

El suelo tembló y chasqueó. Sharmaine intentó escapar a la catástrofe. Cojeando visiblemente, dio unos pasos, pero de pronto, tropezó en algo y

cayó cuan largo era.

Miller comprendió en el acto lo que sucedía. El pie derecho de sir Roderick se había hundido en el hueco en donde, años antes, enterrase la pierna de Hobbs. Miller le vio forcejear para salir del hoyo, pero también se dio cuenta de que todos sus esfuerzos iban a resultar inútiles.

Lentamente al principio, con más rapidez después, el colosal monolito empezó a caer. Los dos jóvenes contemplaban la escena en completo silencio, morbosamente fascinados por aquel singular espectáculo.

En el último instante, sir Roderick se volvió y elevó ambas manos en un inútil intento de parar la caída de aquella mole que pesaba cientos de toneladas. El horrible alarido que profería en aquellos momentos, quedó apagado por el tremendo estruendo del impacto, que hizo retemblar la tierra con la potencia de un violentísimo terremoto.

Y entonces, Miller comprendió que la maldición de que le había hablado Edna McDarney, acababa de cumplirse.

Pasó el brazo por el talle de la muchacha y se la llevó de aquel siniestro lugar.

—Aquí no tenemos nada que hacer —dijo.

A lo lejos, se divisaba una enorme columna de humo negro. El fuego devoraba Skanner Hall de forma irremisible.

* * *

A Miller no le sorprendió aquel día, al regresar a su casa, encontrarse con un inesperado visitante.

—Te han salido bien las cosas —dijo Polo con una risita.

—No puedo quejarme —admitió él.

—Se han recobrado unas setecientas mil libras. Algo te tocará como recompensa, yo calculo un cinco por ciento, es decir, treinta y cinco mil. No está mal para empezar una luna de miel, ¿verdad?

—Lo sabes todo, Polo —dijo Miller con buen humor.

—Para eso soy lo que soy. Un diablo que ya no está en apuros.

—¿Debo considerar cancelado el contrato de alquiler?

—Claro, hombre. Por cierto, le tengo echado el ojo a un alma... Caerá, te lo aseguro. Ya hemos firmado el contrato, ¿sabes?

—¿A qué se dedica, Polo?

—Trafica en drogas.

—Sí, acabará en el infierno —convino el joven—. Polo, quiero decirte una cosa.

—¿Y bien...?

—Sir Roderick... ¿Era ese el hombre que también había vendido su alma y que un día el diablo..., es decir, uno de tus colegas...?

—Sí, el mismo.

—En Inglaterra son poco frecuentes los terremotos.

—Aquel día se produjo uno. Los geólogos han dicho que la base del monolito no era tan sólida como parecía.

—Ya. Pero cuando, al fin sacaron el cuerpo de sir Roderick, encontraron unas marcas extrañas en su tobillo derecho, algo así como unos dedos de fuego.

Polo soltó una risita.

—Mi colega no quería que se le escapase —dijo.

Se puso en pie y sacó una pitillera.

—¿Quieres, Tace? —invitó.

—¡No! —contestó Miller a voz en cuello.

—¿Por qué? —se extrañó el hombrecillo.

—¡Huelen a azufre!

Polo se echó a reír.

—Me quejaré al fabricante —dijo.

Abrió la puerta y salió. Miller estaba seguro de que no volvería a verlo jamás.

Minutos después, llegó Bonnie, cargada con un montón de paquetes.

—¿Quién era ese hombre que salía de casa? —preguntó.

—Oh... Un cliente...

—¿Has aceptado su encargo?

—Miller avanzó hacia la joven y la alivió del peso de los paquetes.

—Le he dicho que nos vamos a casar y que no pienso trabajar en unas cuantas semanas —dijo.

Luego abrazó a la joven.

—Si estás de acuerdo, claro —añadió.

Bonnie asintió, sonriente.

—Con ese plan, es imposible no estar de acuerdo —respondió cálidamente.

FIN